

RAFAEL JESÚS SUÁREZ ROSAS

Amo este Juego



Rectángulo Oscuro/Leticia Ocharán

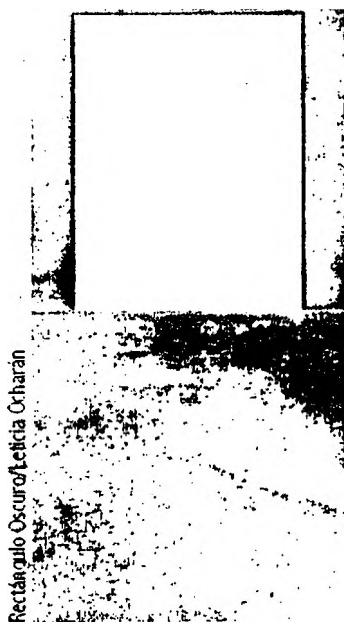
903172

BM
10

T E R C E R A Y C U A T R O

RAFAEL JESÚS SUÁREZ ROSAS

Amo este Juego



Rectángulo Oscuro Felicia Ocharán

T E R C E R A Y C U A T R O

FT

868M

S72

2001

Suárez Rosas Rafael Jesús (1942,)

Amo este juego / Rafael Jesús Suárez

Rosas.- Villahermosa, Tab. Universidad

Juárez Autónoma de Tabasco, Instituto de

Cultura de Tabasco, Sociedad de Escritores

Tabasqueños "Letras y Voces de Tabasco"

A.C., 2001

118 p.— (Tercera y Cuatro; 4)

ISBN: 970-18-6914-1 serie

ISBN: 970-18-6918-4

1.-Literatura mexicana-Tabasco 2.-Cuentos
mexicanos-Tabasco I.-T. II. Serie

L.C.PQ7292/.t3/S72/2001

Primera edición, 2001

ISBN: 970-18-6914-1 serie

ISBN: 970-18-6918-4

FT
868M
S810
N.T. 503172
E2.1

	Pag.
Palabras del Autor	5
1.- El pacto (fábula)	6
2.- Una tormenta en Tabasco.	9
3.- Juan.	11
4.- El espectáculo más bello del mundo.	14
5.- Walter.	21
6.- El químico.	28
7.- 40 y 20.	32
8.- El pájaro cu-cú.	36
9.- El teatro.	42
10.- I love this game.	49
11.- Broma de mal gusto.	61
12.- Gajes del oficio.	64
13.- Feliz año nuevo!	66
14.- En el circo.	73
15.- Mis amigos los Platters.	77
16.- A.S.L.	82
17.- La vecina.	85
18.- El rinoceronte.	89
19.- Ping pong.	92
20.- Yoga.	94
21.- El examen.	108
22.- Los Cerros.	111

La presente obra está integrada por 22 cuentos, en su mayoría originados en la realidad (18) y otros de la imaginación (4). Estos, los de pura imaginación, son como fantasmas que nacen, de los sueños, emociones, vivencias y hasta complejos. Pertenecen más a la esencia de mi ser.

Los primeros, basados en lo cotidiano. Figuras que pasan por el mundo real y son atrapados en esta obra, tal cual son, como testimonio del pasado, sólo para dejar huella de su existencia para memoria de las generaciones futuras dentro de su ambiente literario, acontecimientos que reflejan el mundo en que vivo, para el conocimiento de un mundo ilimitado.

Para aquellos a quienes escribo, gente indeterminada en el tiempo y en el espacio, hasta donde llegan mis pretensiones. Son en sí, situaciones que todos hemos vivido alguna vez, y que ahora con la magia del arte, se repiten.

El lector se sentirá familiarizado con el argumento. Sin duda lo digerirá fácilmente, no sin antes rumiarlo, con el respeto que se merece quien lo rumie.

Rafael Jesús Suárez Rosas

EL PACTO (fábula)

“¡Socorro! ¡socorro!”, pedía cierta vez un gato, a punto de caer en un pozo.

Pero sabemos la gran capacidad de estos animales para trepar por el borde de un muro, cuantas veces se les antoje.

No era socorro pues lo que clamaba. Esperaba la visita de un incauto a quien capturar, pues tenía hambre y escogió ese medio, tan fuera de lugar para un gato, pero ingenioso. Aplicaba inteligencia y audacia en vez de su instinto natural.

“¡Socorro! ¡socorro!”, gritaba, como si estuviera en peligro de caer al fondo, pero sus uñas, de acero inoxidable, permanecían hincadas al borde.

“¡Socorro! ¡socorro!”, insistía y a la vez, se afanaba en encontrar alguna presa. Pero por más que se desgañitaba, nadie acudía.

Por fin pasó por ahí una rata. Al verla, el gato se relamió, pues comiéndola calmaría el hambre.

La especialidad de los gatos es comer y no hay otra actividad que le proporcione más deleite. Los gatos no piensan en emprender viajes, en dedicarse al cultivo de las artes, ni en ilustrarse. Su máximo placer consiste en comer.

Pero la rata sospechaba un ardid y tomaba precauciones. En realidad se sentía aterrorizada. Es como si viera al diablo en persona y a pesar de ello, no hallaba el modo de ayudar al gato.

“¡Auxilio! ¡Auxilio!”

“Pobre gato”, se lamentaba la rata.

Así permanecieron dos o tres horas, uno pidiendo ayuda y otro cavilando si acercarse a prestarla, permanecer alejada, o definitivamente irse.

Al fin optó por lo más saludable, y cuando estaba a punto de retirarse...

“¡Auxilio! ¡Socorro!, la convencía el gato con sus gritos lastimeros y se detenía; pero era tal su miedo, que no podía acercarse ni un centímetro.

“De este modo, -pensó el gato,- nunca podré atrapar a esta estúpida. Valdría más que no estuviera ahí, incitándome, y que se fuera. Pero la culpa la tenemos nosotros por lo mal que nos hemos portado con ellas. Para recuperar su confianza, es necesario hacer una tregua. Si no las cazamos durante algún tiempo, volverán a confiar en nosotros. Para eso tendré que organizar una asamblea de gatos y proponérselo. ¡Eso es! Le comunicaré las buenas nuevas a mi amiga”.

-Ven -le dijo-, tengo una buena noticia para ti.

-Y de un salto subió al pretil del pozo.

-¿Una buena noticia? ¿En qué consiste?

-He estado pensando en que no deberíamos ser enemigos. Imagínate, si de verdad hubiera estado en peligro, me habría ahogado antes de que te decidieras a darme ayuda. Sin embargo, si fuéramos amigos, me salvarías, ¿no es así?

-Desde luego que sí -dijo la rata, acercándose confiada.

-Incluso, ¿estarías dispuesta a dar tu vida por mí, si fuera necesario?

-Seguro que sí, pero sólo si somos amigos.

-Bueno, pues estando aclaradas las condiciones de este pacto, no queda más que celebrarlo.

Entonces el gato razonó de esta manera: “Como precisamente ahora

estoy a punto de morir de hambre, no me queda más que comerla, porque para eso somos amigos, y un amigo da la vida por su compañero si éste está en peligro de muerte".

Y dicho esto, se la tragó.

UNA TORMENTA EN TABASCO

Mientras veía temblar a lo lejos la luz de los relámpagos, como si de un salón muy iluminado se abriera y cerrara una puerta con el viento, pense en la escasa luz que despedía una vela que puse sobre un botella. La claridad de afuera se regaba y destruía en el espacio, a intervalos. Abría grandes huellas que se cerraban al instante y sin querer, veía grandes bloques de nubes, unas sobre otras, conformando una enorme montaña más alta que el Everest. Me dio cierto temor pensar que en cualquier momento podría abatirse sobre mí, y que el ruido de un rayo podría provocar un alud y aplastarme. En cambio, un aire fresco pasó a mi lado presagiando una tormenta.

Las lenguas de fuego cruzaban el firmamento, mientras que la cúpula celeste se fue cubriendo de un vapor denso. La noche, era una boca de lobo.

Antes de que esa masa de agua cayera sobre la tierra, (aunque la precipitación era inminente), la experiencia me ha enseñado que no lloverá inmediatamente. Las nubes deberán tomar una posición estratégica aún, y esperar una orden de ¡fuego! para decidirse a bajar. Entonces sí, lo mas prudente es guarecerse en casa.

Observar cómo el cielo prepara un ataque enconlerizado y se abate sobre la tierra, es un espectáculo que me apasiona. Estoy embelesado. No puedo moverme. La luz de los relámpagos es fantasmal, y los rayos provocan un ruido que me recuerda Tannhauser.

El hombre de las cavernas debió sentir una gran aprensión ante este fenómeno. Este meteoro al que no le hallaban ninguna explicación, provocó en sus mentes primitivas un gran desconcierto ¿Quién, si no un Dios malo trataba de destruirlos...? Y desde luego, se trataba de un castigo para expiar sus faltas. Sin una explicación científica a la mano, crearon de una vez y para siempre: brujas, duendes, trastos, fantasmas, etc.

Perdido en la inmensa soledad de la noche, veo un gato negro caminar sobre la cerca de concreto. No parece tener ninguna prisa. Su conciencia es ajena al ambiente. Es extraño que no se inmute ante el ruido que provocan los rayos, que es como la risa del diablo. Este personaje que se me ocurre, el —diablo—, proviene desde la edad media o antes. En esa época su presencia era casi real, cuando los representantes de la inquisición castigaban a unos fulanos que eran tan ignorantes como ellos mismos.

El gato camina como sobre una cuerda floja, pero guardando el equilibrio de una manera natural. Da gusto verlo. La figura negra y flexible de este animal absorbe toda mi atención. Los flancos de su cuerpo brillan ante el fogonazo de los relámpagos. Aparece y desaparece a mi vista. Cuando pienso que se ha ido, lo veo indiferente ante mi presencia. Tal vez no se ha percatado de que estoy aquí, pero dudo que ello ocurra. Tiene una visión total de lo que existe a su alrededor. Una gota que se desprendió hace un minuto del cielo, cae sobre él. De un salto escala el techo de la casa vecina, y desaparece.

Este fenómeno meteorológico lo he observado cientos de veces, pero, como al hombre de las cavernas, no deja de fascinarme. Quizá era yo mismo aquel que en el paleolítico creó a los dioses. Después de un millón de años, no creo ser muy diferente a ellos.

Ahora llueve “¡como nunca!”, o sea.... como siempre.

JUAN

Muy pocas veces llego a la ciudad de Comalcalco, y desde luego, no voy si no tengo alguna diligencia que desahogar. A holgazanear por ejemplo, no voy. Cuando la ocasión lo amerita me traslado y realizo lo mejor posible lo que tengo que hacer, particularmente en las oficinas de gobierno.

Hoy cumplí con mi trabajo a medias, porque no pude salir de Paraíso antes de las dos de la tarde, y el carro donde iba sufrió la ponchadura de una llanta. Mientras el chofer la cambiaba bajo el intenso sol, perdimos medida hora. Veía cómo las gotas de sudor se desprendían de su rostro. Trabajaba sin renegar de su suerte. Puso mucho esmero al cambiar la llanta, pero el gato mecánico se zafaba constantemente. Yo le hacía pequeños comentarios dándole ánimos. A pesar de todo, y de que tres de sus clientes se fueron a otro vehículo, él nunca perdió el optimismo.

Cuando llegamos a Comalcalco traté de concluir mi trabajo, pero ya no me dio tiempo y tuve que resignarme. De la oficina (que está frente al parque), caminé por la calle principal a la calle que conduce directamente al puente, hasta coger el carro de sitio colectivo que me trasladaría a Paraíso.

Cuando pasé por el cine Rágil, contiguo a la librería El Alba, vi a una persona que vendía artículos de piel (carteras, bolsas y cinturones principalmente).

Me detuve frente a los objetos colocados sobre la acera, a curiosear.

-¿Qué le vendemos patrón, mire, le interesan las carteras?.

Las carteras eran lo que menos me interesaba.

-No, gracias. —le respondí, observando detenidamente los cinturones de cuero vacuno, piel de lagarto, víbora y nutrias.

-Permíteme ese, -le dije, señalándole el de cuero.

-Este le cuesta treinta mil pesos. —dijo, mostrándomelo.

Me puse a analizarlo, y guardé silencio deliberadamente. Yo esperaba que le bajara el precio por sí solo, antes de empezar a regatear. Sé de antemano que tales artículos cuestan mucho menos, y que si no les pides un precio menor, se ensañan contigo. Guardé silencio pues, y veía el cinturón aparentando indiferencia, no mostraba mucho interés en él.

-Se lo dejo en \$28,000.00.

Todavía estaba muy alto el precio. Sin decirle nada, me limité a observarlo. Ahora era a él y no al cinturón (que tenía en la mano), a quien examinaba. Era un tipo joven, de pequeña estatura (propia de su raza), moreno, y de pelo de cepillo como alambres duros y parados. No era necesario tocarlos para saber que estaban duros. Los tenía como si acabara de ver un fantasma, y no valdría la pena que se los peinara porque retornarían a su lugar cuantas veces fuera necesario. Me dijo que se llamaba Juan. Sus facciones, de hombre joven, eran firmes.

Por otra parte, era simpático y amable. Yo seguía observándolo serenamente, estudiando sus facciones. Lo veía debatirse para lograr venderme su producto.

-Hasta en \$25,000.00 se lo dejo.

Con el cinturón en la mano pensé que no había ido a comprarlo, sino a enterarme de los precios únicamente. Desde hacía varios días tenía que andar alzándome el pantalón. Al caminar, tendía a bajarse un poco y me ocasionaba molestias, por lo tanto dudaba entre comprar el cinturón o no.

-Te doy veinte mil pesos.

-Ya no me sale patrón.

Yo sabía que tenía una ventaja sobre él, aunque el cinturón me

gustaba mucho, no me urgía comprarlo. No me estaba muriendo por adquirirlo.

-Lo voy a pensar. Si me decido vengo mañana por él.

Eso fué como un tiro de gracia. Un golpe psicológico muy bueno. Vi que le hizo efecto.

-Bueno ni para usted, ni para mí. Deme veintitrés.

No me urgía, además de que lo puedo obtener el día que guste porque estos tipos, pululan en las calles de Villahermosa. Han establecido ahí su centro de operación. Nos han invadido. Sólo dentro de la terminal del A.D.O. y los alrededores he contado hasta cien. Son respetuosos, y no se sabe que se dediquen a robar a la gente. Son personas honradas.

-¡Veinte!

-Veintidós. Se lo estoy dando barato. Es de cuero de res. Le va a durar muchos años.

¿Por qué no?. Algún día lo tengo que comprar. ¿Por qué no ahora mismo?.

EL ESPECTACULO MAS BELLO DEL MUNDO

A unos cuantos pasos de la casa donde nací (que es la misma que ahora habito), a la vuelta de la esquina, está la construcción donde estuvo funcionando la escuela Instituto "Ing. Hernández Carrillo". Después de muchos años no es más que un caserón viejo, dividido en sombríos departamentos, aislados unos de otros. Antes, los salones donde se impartían los diferentes grados de instrucción primaria, se comunicaban entre sí.

En la esquina de las calles Ocampo e Hidalgo, y toda el área norte del inmueble, había un patio cubierto de pasto. A falta de acera y sin estar como ahora limitado por bardas de concreto, se prolongaba hasta la calle. Ahí jugábamos de niños, mis condiscípulos, amigos, mis tres hermanos, y yo.

Una ocasión en la que dije no se qué majadería, huí de la casa para evitar el consiguiente castigo, y en un momento dado que me atrapa mi hermana Elda, y me conduce, sujeto por una oreja, a la casa. Entonces pensé, justamente cuando veníamos por el patio de la escuela, "si doy un tirón hacia atrás se zafará la oreja de sus manos, pero antes le daré confianza". Caminé al paso de mi hermana sin poner resistencia, y sentí que aflojaba la presión de sus dedos alrededor de mi oreja. Y cuando estábamos a punto de llegar a la calle ¡zas!, halé en sentido contrario al que caminábamos y escapé corriendo.

Después, cuando tendría unos trece años, armaron en ese patio al que me refiero, una carpa, que es una especie de circo pequeño, humilde, rasposo, pero a la vez más íntimo porque las presentaciones de los actores, payasos, malabaristas, bailarinas, y todos esos personajes propios de los eventos circenses, se escenifican a unos cuantos metros del público que prácticamente está a un lado de ellos. No era necesario usar micrófono, y todo mundo se entendía a las mil maravillas.

Alrededor de la pista, excepto por donde los actores entraban y salían, se colocaban largas tablas escalonadas, y se alzaba por encima de ellas, una gran lona que dejaba aislado aquel mundo fascinante.

A como podíamos mis hermanos y yo nos procurábamos unos cuantos centavos para entrar a divertirnos como todos los niños en el gran espectáculo. En el maravilloso mundo del circo.

Desde antes que se instalaran, en tanto que los mozos iban y venían ordenando tanto desbarajuste, en el trajín de tanta gente empleadas en la organización del gran toldo, ya nosotros andábamos pendientes de todo los detalles del emplazamiento. A una edad tan temprana todo lo que acontece afuera de lo puramente ordinario, nos atrae vivamente; la extraña vestimenta de esos personajes acostumbrados a recorrer el mundo en vehículos viejos y maltratados; el aspecto de los obreros tan ajenos a nosotros; los divertidos gestos de los monos...

Cuando al fin todo ha quedado dispuesto para la primera función, se voceaba por las calles el evento. Estas carpas se apostaban hasta por un mes, y parece ser que no les preocupaba mucho si la gente asistía o no porque, si ciertamente los niños concurrían con sus padres al principio, la asistencia se reducía poco a poco concentrándose el cúmulo de personas los sábados y domingos, pero aún así las funciones eran diarias, hubiera público o no.

La primera función fué muy concurrida. No había lo que puede decirse, una gran variedad de números, no obstante, proliferaban los payasos. Cuando salía un enanito (salían muchos por todos lados) su sola presencia nos impresionaba. Su contextura corporal y sus vistosas y raras indumentarias.

“-Señoras y señores. Les voy a presentar a Rabanito.” –gritaba un señor de porte distinguido a quien podríamos identificar como el dueño del circo.

El payaso, greñudo y con cara de tonto (tal y como lo requería su personificación), entraba a la pista mirándonos sin decir palabras; su papel se concretaba a obedecer.

“-Ese joven que ven aquí –proseguía el empresario-, es la persona más eficiente y activa que hayan visto jamás.”

Rabanito alzaba orgullosamente el rostro y sonreía discreto siempre con cara de idiota.

Era imposible, pensábamos, que ese sujeto pudiera satisfacer las cualidades que se le atribuían. Mas el empresario exaltaba sus virtudes con serenidad.

“-Ahora mismo nos dará una prueba de lo que es capaz.”

Rabanito asentía con la cabeza mientras nos miraba.

“-Escúcheme bien –le decía-, busca una botella, lávala, ve a la gasolinería que está a un lado del panteón, y pide que te la llenen. Pero ve pronto porque la necesito.”

Cuando el payasito desaparecía tras el telón, el empresario, circunspecto, y con gran respetabilidad, que no permitía ninguna clase de bromas, nos decía:

“-Tardará exactamente quince minutos en ir y regresar con la botella de gasolina. (mientras hablaba observaba el reloj, sincronizando los movimientos de Rabanito). En este momento está saliendo, va caminando

por la calle Ocampo, dobla a la esquina sobre la calle 2 de Abril, ahora camina hacia el puente, lo atraviesa, llega a la gasolinera, le llenan la botella, retorna, viene por el puente, ahora está de nuevo sobre la 2 de Abril, la Ocampo, en este momento está entrando. ¡Aquí está!. Fíjense bien. ¡Rabanito!

“-Mande usted señor —respondía el payaso tras bambalinas.”

“-¿Qué les pareció? ¿No es digno de encomio?. Exactamente quince minutos.”

Luego lo llamaba.

“-¿Qué haces Rabanito, por qué no traes la gasolina?.”

“-Es que aún estoy lavando la botella.”- respondía.

Una explosión de carcajadas irrumpía en la sala, mofándose de Rabanito, a quien veíamos asomarse por la cortina con la botella vacía en las manos.

Y así como Rabanito, se iban presentando unos tras otros los números que dejaban en nuestros tiernos corazones un grato recuerdo, como aquel par de jovencitas que se hacían llamar “Las Leandras del Twist”. Su actuación consistía en el ejercicio siguiente:

Antes de que ellas aparecieran, alguien hacía sonar un disco:

“Vengan todos, a bailar el twist,
salgan todos, a bailar el twist”.

Entonces veíamos venir corriendo a Las Leandras, con zapatillas muy parecidas a la utilizadas para bailar ballet, mallas, vestidos amplios de encajes arriba de las rodillas, y sin mediar un discurso, sin presentación alguna, ni un gesto siquiera, llegaban, se ponían una a un lado de la otra, y ejercitaban el característico movimiento del twist, balanceándose hacia atrás, sin mover un ápice los pies, pues este baile tiene la particularidad de que se colocan las plantas de los pies en un lugar y sólo se alza uno de ellos para girar el

cuerpo a medias. Casi todo se hace con la cintura en un movimiento oscilatorio ininterrumpido y gracioso.

Las Leandras del twist bailaban observando al público, y sonriéndole. Verlas era agradable porque poseían la belleza de la juventud, la alegría perenne, la espontaneidad, la fresca sonrisa que cautiva y el encanto de su piel lozana, a pesar de que bellas, en el sentido estricto de la palabra, no eran.

Llegaban a la pista, y nos conmovían porque, desde que se colocaban en su sitio y empezaban a balancear sus cuerpos, un tanto regordetas, no se detenían, como una máquina programada para una sola tarea, y así como comenzaban en movimiento justo, invariable, monótono e incansable, dentro de un vaivén que parecía más bien un ejercicio que un baile, así terminaban.

Esto se repetía dos o tres veces según las piezas que les ponían, y a pesar de ser dos, ninguna de ellas tenía talento para el baile, ni había rastro de arte en su actuación.

Sin embargo, una de ellas, o más bien las dos porque las asocio de tal manera que no recuerdo cuál es una y cuál la otra. No podría decir que una era más alta, ni más joven, ni más bella que la otra. A cuarenta años de distancia no las distingo, pero una de ellas, repito, se enredó en mi memoria por un detalle muy particular.

Desde que me vio en las gradas mientras bailaba, quedó prendada de mí. No diré que fue un caso de amor a primera vista. Esa relación la desconocía. Era ajena a mi conciencia. Yo era libre de tales tentaciones, de tal sentimiento, de tal sublimación del alma, y me bastaba mi juventud para satisfacer todo el material de alegría que necesitaba para ser feliz.

Desde que me vio sentado, observándola (como lo hacía todo mundo), su corazón se estremeció sin que pudiera remediarlo, y ya no pudo evitar una constante comunicación con mi persona. Me miraba

fijamente, lo que hizo que sus movimientos mientras bailaba, se tornaran mecánicos, a pesar de que aún antes de que se encontrara conmigo ya eran rutinarios. Me observaba obstinadamente.

Fueron mis hermanos, más pequeños que yo pero igual de inocentes, quienes primero lo advirtieron. “le gustas” me dijeron, y sentí un escalofrío al comprobarlo porque, gustarle a alguien más allá de lo puramente casual, significaba una relación para la que no estaba preparado, ni deseaba.

Mi corazón no había despertado aún, pero sí mi curiosidad, de modo que yo también la observé fijamente, olvidándome en absoluto de la otra. Desde ese instante la otra fue sólo un accidente, una sombra, un ser que me veía como algo interesante pues me tenía como un personaje muy importante de quien su pareja estaba fascinada, como se encantan a las cobras, de manera superficial y sin ahondar en el corazón, nada que no fuera una ilusión pasajera. Así lo imaginaba.

Desde ese día no sabía qué hacer, si frecuentarla u ocultarme a su vista. Tenía miedo, y mi corazón palpitaba cada vez que la veía o platicaba con ella. No porque estuviera enamorado, sino porque experimentaba una sensación desconocida. No porque ella me gustara. Ni siquiera sabía si me gustaba o no (ahora que lo recuerdo, que me gustara o no, no figuraba en mi juicio. Eso no tenía importancia para mí), sino porque yo le gustaba a ella, y me estremecía el saber que entre ambos hubiera alguna relación de algo más allá de la amistad.

Mis hermanos me miraban también como alguien especial. Me admiraban. Para ellos era yo, no un niño, sino un hombre. Me admiraban y me envidiaban. Rafael tiene novia. Imagínense. Para ellos era como si pronto fuera a casarme.

En tanto que yo no aceptaba de ningún modo esa relación. Platicaba con ella porque mis hermanos insistían, y lo hacíamos en grupo. Mis hermanos y yo reunidos alrededor de ellas dos, pero identificados por la

mirada que sosteníamos y la risa tímida, y el rubor que encendía mis mejillas.

Y todo esto sin ningún cinco en la bolsa. No había modo de demostrarle mi íntima amistad invitándola con una paleta. Eso hubiera sido un detalle de mi hombría. En cambio ella, con la franqueza que da la inocencia a esa edad, me pasó a escondidas un fajo de boletos para que asistiera con mis hermanos a todas las funciones, sin que me perdiera una sola, porque me esperaba. Era el lugar de nuestra cita. Es decir, mientras ella bailaba y yo, y todos mis hermanos, observándola y sonriéndole sin importar si su actuación era buena o mala. Unidos por una corriente de gratitud mutua, unidos para siempre en apenas unos días de haber convivido.

Desde entonces no la veo. Lo que se dice un primer amor, no fue. No llegó a perturbar mi corazón dormido. Fue algo así como un sueño, poco antes de que despertara en mí el celo, que trae consigo la adolescencia.

WALTER

Mi padre (que era topógrafo), nos pedía de vez en cuando, que lo acompañáramos (mis hermanos y yo) a desempeñar su trabajo. La hacíamos de "cadenero" como suele llamarse a quienes sujetan la cinta, o se les emplea como ayudantes. No es difícil esta labor porque sólo se limita uno a obedecer, a cumplir lo que se nos ordena. Se trata más bien de una tarea simple, pero eficiente, porque una persona no puede hacer el trabajo solo. Es necesario que alguien sostenga la cinta para registrar los metros que hay entre dos puntos determinados.

Cuando nuestro padre nos pedía que lo acompañáramos, respondíamos con un NO rotundo. Entonces él se veía compelido a llevarnos por las malas (¡que necesidad!) y nos iba peor.

Ahora me alegro que me haya obligado a ayudarlo. Bendigo tal disposición de su parte porque si no fuera por él, no hubiera aprendido a realizar ese mismo trabajo. Independientemente de mi profesión de abogado, me dedico a hacer algunos trabajos de topografía mediante los cuales, como es obvio, obtengo un pago por ello, que me ayuda a sostener los gastos del hogar (tengo tres hijos).

El sábado (2 de abril de 1994) tuve la necesidad de ir a medir un predio a Puerto Ceiba. Cuando estaba por salir llegó mi hijo de jugar basquetbol.

-¿Qué vas a hacer? -le pregunto, con la intención de llevarlo conmigo para que me ayude.

-Voy a casa de un amigo a jugar, pero primero voy a desayunar.

-Cuando termines de desayunar me vas a acompañar a medir un terreno.

-Yo no voy a ir. —me dice con mucha determinación—.

-Sí vas a ir —le respondo con firmeza.

Se va a la cocina, y yo me quedo en la sala con la cinta en las manos, esperando que termine.

Cuando considero que ha transcurrido el tiempo suficiente para haber desayunado, voy a cerciorarme.

Está jugando nintendo.

-Rafael, ya es hora de irnos.

-Ya te dije que no voy.

-No te estoy preguntando. Te estoy ordenando.

Se le ponen los ojos acuosos, y le brillan las pupilas de coraje e impotencia. Va a la sala a buscar apoyo en su madre.

-Yo no quiero ir mamá. Me estoy muriendo de hambre y además estoy enfermo. Tengo mucho dolor de cabeza.

Pero Haydeé me conoce bien, y sabe cuándo puede intervenir y cuándo no.

-Haz lo que dice tu papá.

-Me estoy muriendo de hambre y no he desayunado.

-Si así fuera, hubieras ido a comer en vez de jugar nintendo. —Le digo.

Lo tomo de la mano y lo halo fuera de la casa.

En cuanto sale a la calle quiere correr obstinado en no ir, pero se arrepiente al momento. Comprende que sería un error que pagaría caro, en cambio me dice:

-¿Cuándo has visto que un muchacho de mi edad ande con su padre?
No quiero ponerle ejemplos ni darle explicación. Se que su inexperiencia lo

hace razonar de ese modo, y que debo tratarlo con tacto para que comprenda por sí mismo el deber que tenemos de ganar el pan con el sudor de nuestra frente. De otro modo lo haría un inútil.

-¡Sígueme!.

Nos vamos a la glorieta de la fuente, frente al panteón, donde tomamos un carro que nos conduce a la central camionera. De ahí cogemos otro con destino a Puerto Ceiba.

Lo veo de reajo. Va súmamente molesto.

Cuando llegamos a Ceiba le invito unas naranjas que venden en un pequeño puesto de madera, pero se niega a comer. Yo compro dos a \$0.40 cada una, y le advierto al que las vende que en todas partes las dan a \$0.50.

Recorremos el malecón, caminando por la orilla del majestuoso río de Ceiba. Nos detenemos a observar a un joven delgado y moreno que se sambulle en el agua como un pato. Se trepa a la rama de un almendro, y desde ahí se lanza al agua una y otra vez.

Después del río se ven los manglares en la orilla, y más allá, las palmeras de coco mecerse suavemente con la brisa que viene del mar. Todo ahí es bello y natural, como las gaviotas que vuelan gozando de la libertad que se disfruta y se siente en lo más profundo de tu ser. Las medusas me transportan al silúrico y me imagino que, sin la presencia del hombre, este paisaje que contemplo y sus accidentes, es el mismo que existía en aquel tiempo.

A mi hijo no se le quita aún lo enojado.

-¿A dónde vamos pues?

Me despierta. Vuelvo a la realidad.

Llegamos a la casa de la señora Josefa Magaña Peralta, una respetable dama de unos 65 años que nos recibe con mucha deferencia,

casi con afecto. La hacemos olvidar momentáneamente la soledad en que vive. Su casa es pequeña, pero adentro se respira un ambiente de paz, comodidad y limpieza.

-No pensé que viniera, licenciado.

-Yo tampoco. La lluvia me lo había impedido. El problema es que se moja la cinta.

-Pasen por favor.

Pasamos hasta donde se haya una mesa pequeña, donde analizo unos documentos viejos.

-¿A nombre de quién hago el plano?

-Es lo que no sé. Aconséjeme por favor.

-¿Cuántos hijos tiene?

-Sólo uno. Se llama Jorge Isaac Linares Magaña.

-Pues póngalo a nombre de él. Cuando se hagan las escrituras él será el dueño absoluto, y usted se reserva los derechos de uso, usufructo y habitación vitalicia, lo que quiere decir que usted seguirá disfrutando de esta casa mientras viva.

-Eso es lo que quiero.

Le hago saber que su hijo y yo estudiamos juntos la secundaria.

-¿Sí?. ¿Qué edad tiene usted?

-Cincuenta y dos.

-Mi hijo tiene 47.

-Así es. Estudiamos con Elio Oyosa (el hijo de don Juanito), Eduardo Hanssen, Roberto Lanz (q.e.p.d.) Humberto Ballhaus y otros.

-Mi hijo ha sido de mala cabeza. Le dieron un cargo en la Capitanía de Puerto y no le gustó. Ahora trabaja en pérmex, pero se enredó con una enfermera y ahora tiene que mantener dos familias. Actualmente resulta difícil mantener tanto hijos, y el pobre tiene que trabajar duro.

La señora Josefa está sentada frente a mí (o yo frente a ella), mi hijo Rafael

sentado a mi izquierda, callado, escuchando las vicisitudes de la vida. Entre él y yo, echado en el piso, hay un gato dormido profundamente.

-Eso le digo a mi hijo que tenemos que trabajar para sobrevivir. Pero sobre todo, debemos aprender a ser responsables con los demás y con nosotros mismos. El trabajo es lo que al fin y al cabo señalará, entre otros rasgos, nuestra personalidad.

Lo digo a propósito para que Rafael lo escuche, lo que da muy buenos resultados creo, porque se le baja el mal humor. Su estado de ánimo se ve reconfortado y su espíritu alegre. Es tan noble y tan bueno. Quisiera estar siempre a su lado para ayudarlo, pero sería un gran error de mi parte. Debe aprender a valerse por sí mismo, y eso es lo que debo enseñarle. No sé si tenga capacidad para ello. ¡Qué difícil es!, tratarlo con el amor profundo que le tengo y hacerlo duro a la vez para que se desarrolle en una sociedad humana que a veces, (muchas veces), se conduce inhumanamente. ¡Es terriblemente difícil!

La señora Josefa me comenta:

-En cambio mi sobrino Walter Barrilla fue una persona tan juiciosa, y lo queríamos tanto...

Me pongo alerta. Será que es la misma persona que imagino.

-¿Quién es?

-Era hijo de mi hermana. Una persona a quien apreciábamos mucho. EL era muy cariñoso con su familia, atento, y muy respetuoso con todos.

Pongo especial interés en la descripción que hace la señora Magaña. Se que se refería a un personaje que vivió en el D.F. en el mismo edificio ubicado en la calle Vértiz, casi con Niño Perdido en la colonia Vértiz-Narvarte. Ahí vivieron mi hermano Alfonso, el doctor José Manuel y William Alamilla y otras personas.

Walter era un tipo elegante con quien, a pesar de vivir en el mismo departamento, no intimábamos, porque él era más serio, y más responsable

que nosotros, y lo veíamos entrar y salir púlcramente vestido con sus elegantes trajes. Dejaba el cuarto oliendo a frescura y limpieza y sobre todo a perfume. Era incapaz de ofender a nadie. Usaba patillas gruesas y tenía los ojos verdes.

Pero no sabía (tenía muchos años de eso) qué había sido de él. Ahora estoy casado y tengo tres hijos. El tiempo ha transcurrido digamos, venturosamente para mí. Mis pasatiempos son la lectura, la música, ir al basquetbol (tengo un equipo), y pasarme todo el tiempo en casa en compañía de mis hijos y de mi esposa. Y ahora que la señora Josefa me habla de Walter Barilla me pregunto, qué fue de él. No me he olvidado de su persona, ni de los demás, ni de las circunstancias en que convivimos.

En aquel edificio tan alto (de cinco o seis pisos), una ocasión dormí en una pequeña pieza que sobresale del edificio, sobre la calle. Escuchaba pasar por debajo de mí los carros que deambulaban en la noche de diciembre. Hacía un frío terrible.

Ahí, en el mismo edificio, organizamos la despedida de soltero de Hugo Carrillo (q.e.p.d.). La pasamos súmamente agradable. Pero en un momento dado, un hermano de Chano Tejeda (q.e.p.d.) se puso muy enfermo. Lo trasladaron a un hospital por ahí cerca, y al otro día supe que había fallecido esa misma noche.

El viejo edificio pertenecía a gente que tenía fama de usureros (árabes, judíos o algo así), y por esa razón nos atrasábamos en el pago de la renta.

Los tabasqueños éramos malvistos en el edificio porque hacíamos mucho escándalo.

-Siempre vivió en México -prosigue doña Josefa-, y estaba dedicado a la política donde seguramente hubiera tenido éxito, pero comenzó con una molestia que poco a poco fue agravándose y al cabo de algún tiempo, murió. No sabe usted cuánto gastó para recuperar su salud. ¡Pobrecito!

De modo que falleció. Ahora lo recuerdo de una manera más intensa. Recuerdo sus rasgos. Recuerdo cuando el doctor José Manuel Alamilla le escondió todos los trajes, sólo por hacerle una broma, y él nos preguntaba a todos, uno por uno, quién había ocultado su ropa, o qué había sido de élla. Desde luego que yo no participé en la broma, pero al negarme a responder me convertía en cómplice de José Manuel y de los otros, y guardaba silencio para no quedar como un soplón. La broma duró muy poco tiempo, pero fué suficiente para que Walter nos dejara de hablar, porque se trataba de una persona respetable. No permitía que se burlaran de él. Lo recuerdo como una excelente persona.

Hace unos días le pregunté a José Manuel si sabía que Walter había fallecido, y me dijo:

-Desde luego que sí lo sé. Cuando estaba enfermo venía a Paraíso, y nos íbamos a la orilla del mar, a recrearnos en el paisaje. El ya sabía que iba a morir, que no había modo de evitarlo, y estaba resignado. Vivía intensamente cada minuto, y veía el mar, el cielo, las aves, todo lo que nos rodeaba, como algo que permanecería eternamente en ese lugar.

Nos levantamos de la mesa y medimos mi hijo y yo el inmueble, a todo lo ancho y largo.

Detrás de la casa y a los lados de ella, hay muchas flores de diferentes especies, que dan a la casa un ambiente muy agradable.

Luego Rafael y yo retornamos por la orilla del río. Me pide que le compre una naranja. Su estado de ánimo es ahora muy diferente. Puedo asegurar que va muy contento de haberme ayudado. Se siente muy satisfecho consigo mismo. ¡Es tan noble!. El, Angel y Elvira, provocan en mi alma un éxtasis de alegría que no había experimentado antes...

¿Qué más puedo pedir...?

EL QUIMICO

Caminaba del trabajo a mi casa a eso de las dos de la tarde, y al pasar frente al laboratorio del químico Romero, encuentro a Fernando Torres que entra y sale como si esperara a alguien... pero no, se trata de un acto reflejo que adquiere cuando está tomado. Se pone nervioso.

-Nos estamos tomando una caguama me dice-, entra.

-Sí le respondo-, pero voy por un cassette.

Cuando regreso ya no está Fernando. El químico me explica que pasó Efrén Vázquez y lo invitó a comer.

Ponemos a funcionar la grabadora y brindamos con cerveza. La suave y melancólica música a ritmo de jazz, inunda el laboratorio.

Luego llegan tres personas. Cruzan la sala de espera, e irrumpen en el área donde Salvador tiene sus frascos, probetas, microscopios, sustancias químicas y demás instrumentos de trabajo.

Dos de ellos se sienten como en su casa. Hablan por hablar. Se reservan ante todo, el debido respeto hacia nosotros, pero entre ellos se dicen a modo de broma, blasfemias de mal gusto. (medito, y llego a la conclusión de que mejor me abstengo de escribirlas).

El tercero se limita a reír, y a pesar del deseo que lo impulsa a descararse como lo hacen sus compañeros, su condición social le impide entrar en confianza. Da la impresión de ser un trabajador a las órdenes de los otros.

Como sea, el espíritu alegre de estas personas no nos ofenden en lo absoluto. A pesar del estado de embriaguez en que se encuentran, no han perdido el control de sí mismos. Tienen plena conciencia de lo que hacen.

-José, ve y cómprate seis caguamas —le dicen al que, aparentemente, trabaja para ellos.

José es una persona joven (mucho más joven que los otros dos) y delgado, que viste muy mal. Evidentemente es una persona pobre, pero a la vez, descuidado. No se le ve, por ningún lado, el menor vestigio de distinción ni delicadeza. Es un tipo ordinario.

Va y trae las cervezas.

-¿Y los vasos? —le preguntan.

En esos días hay una promoción que consiste en que, a quien compre dos caguamas (Maxi's), le obsequian un vaso.

-No me dieron ninguno. —responde, pero en las bolsas del pantalón, y debajo de la camisa, oculta los vasos con la intención de quedarse con ellos.

-¡No te hagas pendejo!, ¿en qué crees que vamos a tomar la cerveza? —dice uno de ellos llamado Freddy. De los tres, es el único a quien conozco.

Mientras degustamos la cerveza, Freddy recuerda algunos pasajes de nuestra adolescencia. Sin embargo, por más esfuerzos que hace no puede evitar que se le cierren los ojos poco a poco. Es una fuerza superior a su voluntad. Las personas borrachas que tienen sueño, se encuentran prácticamente sin ningún recurso para evitarlo. Encontrarse con un borracho dormido en la calle es un cuadro que se ve con frecuencia.

Freddy queda dormido, recargado en el respaldo de la silla. La cabeza, antes perfectamente equilibrada sobre el tronco del cuerpo, ahora le cuelga, abatida por el sueño.

Seguimos platicando, pero la expresión grotesca de Freddy nos distrae.

Mientras tanto, el tipo que había ocultado los vasos, se instala a mi izquierda. Me considera una persona muy por encima de su condición social tal vez, porque cada vez que digo algo me da la mano felicitándome. Supongo que quiere congraciarse con nosotros, pero la verdad es que de esa manera se va alejando cada vez más de nuestro círculo. Esta ahí ante nosotros, pero sólo de cuerpo presente. Cuando habla (muy rara vez), sólo dice incoherencias, por lo que terminamos por ignorarlo. Su presencia es puramente accidental, y con su actitud nos demuestra que nada tiene que hacer ahí.

El otro individuo, que resultó ser químico también, dijo que llevaría a Freddy a su casa, y que volvería por José. Como va en carro pensamos que no tardaría mucho.

En un momento dado, José, que no tiene nada que hacer, saca un cigarrillo.

—¡No lo enciendas! —le advierte el químico—, porque podrías provocar una explosión. Recuerda que este es un laboratorio.

Pienso que una persona podría fumar, millones de cigarrillos, sin provocar ninguna explosión, pero el químico no fuma, y el olor de un solo cigarrillo, que quede impregnado en el ambiente, le provoca náusea. Ni modo, se trata de una persona excesivamente delicada por naturaleza. Yo no me atrevería a provocarlo... y José tampoco. Guarda los cigarros, y sigue bebiendo...

Para esto, ya ha transcurrido una hora. El otro químico no ha regresado por su amigo, y se ha creado una situación incómoda. Estamos ante un individuo a quien no conocemos ni tenemos nada en común con él. Su presencia nos impide hablar con confianza de cualquier tema. Las circunstancias, del todo inesperadas, lo han colocado aquí como una pieza de ajedrez, y espera a que se le mueva.

Conforme a las reglas establecidas, el químico no se atreve a desplazarlo. Es el otro químico quien debe llevarlo, y aquí estamos impacientes, esperando a que llegue. Nos concentramos a escuchar música.

De repente la pieza de ajedrez se mueve por sí sola. José se incorpora con la intención de trasladarse al baño, porque siente unos deseos irreprimibles de devolver. En el trayecto se encuentra con un cubo de madera donde el químico coloca las revistas para recrear a sus clientes mientras esperan. Se trata de un mueble de fino acabado que está a un lado del escritorio. José piensa que ha sido dejado ahí, a propósito, para aquellas personas a quienes se les antoje vomitar. Y antes de que el químico pueda impedirlo, arroja tres, cuatro bocanadas dentro del cubo. Lo veo convulsionarse. Tal parece que va a echar el hígado. Los ojos se le tornan rojos por el esfuerzo; pero... ¡Ah, qué alivio siente!.

Después de haberlo hechado todo, va recobrando la serenidad, pero queda en el aire un olor repugnante. Me veo obligado a salir a la pieza contigua.

El químico pierde la compostura. Ya no es la persona condescendiente de hace rato. Está hecho un energúmeno.

-Trae un trapeador y limpia esa porquería,- escucho que le dice.

El juego no ha terminado aún, pero no podemos esperar toda la tarde.

-¡Ahora lárgate! —escucho que grita en el interior del laboratorio-. En qué hora maldita fueron a dejarte aquí esos pinches borrachos.

Veo que se abre la puerta, y sale José apenado, sin despedirse de mí.

-Freddy es de aquí —me comenta el químico cuando ha logrado tranquilizarse-, los otros viven en Comalcalco... ¡Qué tipos!. Vinieron a amargarme el día...

Teniendo la necesidad de sacarle copia a unos documentos, entro en la sala del estudio fotográfico LEO y le pido a la señorita que está detrás del mostrador, que me atienda.

-Espéreme tantito –me dice.

Ese “tantito” lo emplean las personas que son muy atentas, o que sin serlo, el propietario del negocio les exige que lo sean, para agradar a los clientes. La persona de quien les hablo lo hace por las dos cosas.

-¡A sus órdenes! -me dice cuando ha terminado lo que estaba haciendo.

-Por favor, quiero cinco copias de cada original. le digo, en tanto que le entrego los papeles.

De inmediato se pone a trabajar en la máquina fotocopidora. Cuando menos tardará cuarenta minutos en sacar las copias.

Yo estoy feliz de estar aquí porque disfruto del clima artificial. Por otra parte, alguien hizo funcionar el equipo electrónico invadiendo el ambiente con una música espantosa que me irrita sobremanera. No debería irritarme, pero no soporto tanta vulgaridad. (Para no herir la susceptibilidad de las personas que gustan de esa música, me abstengo de mencionar de quién se trata). Existe la perspectiva de tener que escucharla mientras espero. Para ser franco, me aterroriza tal eventualidad porque siento que voy a vomitar.

-¿Tienes cinta de José José? - le pregunto.

Aunque me gustan las canciones de José José no me importa si la tiene o no, pero yo le meto esta idea porque, si la tiene, se sentirá halagada de saber que otra persona (cualquiera que sea), comparte su gusto, y estando José José de moda, es muy probable que la tenga.

-Sí. —me responde.

Veo en sus facciones (y en su prótesis dental) que le agrada esta pregunta.

-Ponlo. —le digo a secas, pero modulando la voz de tal manera que no pueda negarse (esta norma me ha dado muy buenos resultados).

-¡Pon el cassette de Julio Iglesias, Efrén! —ordena.

Efrén se llama uno de los empleados de foto Leo quien, obediente va, y quita la horripilante música que taladra mi cerebro.

He conseguido mi objetivo principal. Los accidentes del caso me son indiferentes, como ese de poner a Julio Iglesias en vez de José José. Para el caso es lo mismo aunque, sinceramente, prefiero a José José. Julio Iglesias tiene una voz tan raquítica, que se necesita un poderoso y sofisticado equipo electrónico para gravar su voz, sin embargo la tiene bien entonada y melodiosa pero, repito, prefiero escuchar a José José.

-Yo tengo el de "40 y 20". —le digo.

Se trata de una canción de José José muy conocida, que se identifica fácilmente con el nombre que le doy. Se lo digo para que rectifique su error.

-¡Ese es!. —me responde.

¿Por qué confunde a José José con Julio Iglesias? ¿Será que ella piensa que Julio Iglesias grabó "40 y 20", no lo creo... voy a investigar.

-Ese no es José José.

-Claro que no. José José está del otro lado de la cinta.

Me tengo que tragar media hora de Julio Iglesias que sí ciertamente no me molesta en absoluto escucharlo, se me hace tarde y me niego a irme sin escuchar "40 y 20", porque ya se me puso que debo oírlo a como de lugar.

Cuando al fin, termina un lado de la cinta, Efrén pone el otro lado:

“Entre nostalgia y nostalgia,
entre tu vida y la mía,
entre la noche y el alba
se van pasando los días”

Otra vez Julio Iglesias.

-¿Y José José?. —le pregunto.

-Después de esa, —me dice, y me hace entrega de las copias que le he encomendado.

Me urge irme porque tengo un montón de trabajo, pero me quedo un rato más. Quiero escuchar “40 y 20” (con esta canción me identifico plenamente porque veinte son los años que le llevo a mi esposa). La canción se trata de que él tiene 40 años y ella 20, y como es natural me trae gratos recuerdos.

Al fin termina “33 años”, y comienza:

“¡Hey!, no vayas presumiendo por ahí,
diciendo que no puedo estar sin ti,
tu que sabes de mí.
“¡Hey, yo sé que a ti te gusta presumir,
decir a los amigos que sin ti,
ya no puedo vivir”.

de Julio Iglesias.

Mi trabajo no me permite quedarme más tiempo, pero... ¡oh, qué difícil es entender a las mujeres!. Cada una de ellas es más incomprensible que las demás.

Para que desaparezca esta sensación de ansiedad que perturba mi mente y no me permite trabajar a gusto, en cuando llegue a casa me pondré a escuchar en el walkman, esa bella canción de José José que está de moda.

“Mentiras son todas mentiras,
cosas que dice la gente,
decir que este amor es prohibido,
que yo tengo 40 y tu 20.

“Que yo soy otoño en tu vida,
y que tú dulce primavera.
No saben que guardo un verano,
Que cuando te miro, te quema.

“40 y 20... 40 y 20...
es el amor lo que importa y no,
lo que diga la gente...”

EL PAJARO CU-CU

Cuento dedicado a mi hija

Elvira Suárez

En el alba, poco antes del amanecer, sueño que un pájaro cu-cú con gorro de dormir y vela en mano, estrujándose aún los ojos somnolientos, sale a informar la hora.

Se le ve cansado. Pienso que tal vez se le está acabando la cuerda. Lo veo entrar de nuevo en su aposento.

Se me ocurre ver el interior de esa pequeña casa donde vive el pájaro cu-cú.

Tomando suficientes precauciones para que no me vea, me acerco cautelosamente. Atravieso el umbral de la puerta y, contemplo, una habitación amplia donde el pájaro duerme a pierna suelta. Todas las cosas brillan de limpias. En el centro de la habitación, sobre una mesa, arde una vela, y reina un silencio absoluto.

Me acerco de puntillas al pajarillo, y sin darme cuenta piso la cola a un gato que duerme al pie de la cama. El gato eriza los pelos de su cuerpo, y en vez de emitir un maullido de dolor, se lleva las patas a la boca, y me hace seña de que guarde silencio.

-¿Qué quieres? -le pregunto sin alzar la voz.

-Que te calles -me dice-, no ves que el pájaro cu-cú está enfermo.

-¿Está enfermo? -pregunto, al momento que el pájaro canta:

-¡Cu-cú! ¡Cu-cú!

-¿Son las dos de la mañana, o las dos de la tarde?

-Ni las dos de la mañana ni las dos de la tarde. Es el pájaro que se encuentra enfermo y esta tosiendo.

-¿Está tosiendo?

-Sí, esta tosiendo.

-¡Cu-cú! ¡Cu-cú! —se vuelve a escuchar.

Ahora está tosiendo de nuevo.

-No, pregunta que si quién anda aquí. Es sumamente sensitivo.

El pájaro, completamente despierto y con el rostro pálido, me observa detenidamente.

Siento el peso de su poder. Al observarme, es como si me preguntara ¿Qué bicho raro soy?

El gato, como todos los gatos, se hace el disimulado. Lo raro es que este pájaro ya no es el mismo que saliera a dar la hora. Este es un pájaro de mal talante.

Veo a mi alrededor. La cama, la mesa sobre la cual hay una vela encendida, (por cierto que la llama permanece inmóvil), estática, como hecha de bronce, pero despidе una luz intensa que ilumina todo). Hay muchos instrumentos musicales, y todo es de tamaño real, propio para una persona como yo, y sin embargo me siento un ser insignificante, como debe sentirse un ladrón atrapado en flagrante. Será que tal sentimiento obedece más bien a mi estado de ánimo y no a la realidad. Esa sería una explicación satisfactoria.

Retorno a la conciencia de que el pájaro cu-cú me tiene fascinado. Miro a través de las ventana, al exterior, para registrar ciertos datos cuya ausencia me asfixia. Tengo que llenar a como de lugar, esa laguna que me inhibe. No obstante ante mí, el firmamento lleno de estrellas, despliega orgulloso su continente infinito. Veo el universo como un mar de aguas transparentes. En el fondo, como joyas vivas, brillan las estrellas, las lunas, los cometas.

Luego entonces, infiero, el pájaro cu-cú, con esa visión perfecta que poseen todas las aves, es un astrónomo. He aquí la razón por la cual nunca se equivoca al dar la hora. Sí, es un científico y sus conocimientos profundos lo han dotado de poder infinito. Ahora comprendo. De ahí emana su energía y la fuerza hipnótica que ejerce sobre mí.

-¿Me dice la hora por favor? —pregunto, un poco por decir algo y otro por orientarme.

-¿A cuál hora se refiere. a la de aquí o a la del más allá?.

De inmediato imagino que el más allá a que él se refiere, es mi mundo. El mundo de los seres vivos. El de mi amantísimo planeta.

-La de aquí. —respondo.

Entonces el pájaro cu-cú se me queda viendo sorprendido. Su mirada se hace más intensa, como si analizara un insecto. Al mirarme de frente, su largo pico de cigüeña casi toca mi piel y temo que la rasgue. ¡Qué escalofrío!. Qué abundancia de sudor corre por mi cuerpo. El pájaro cu-cú es un terrible policía que guarda el orden. Un agente con gorra (a la Charles De Gaulle) y garrote en mano que hace cumplir los convencionalismos sociales de la manera más dura. Un tipo que cumple con su deber como nadie. Cuando sonríe, no sonríe con gracia y muchos menos con simpatía, sino irónicamente y con desprecio. De ese tamaño es el pájaro cu-cú. Aunque enfermo, tiene la apariencia de un ser superior, y en ocasiones, de un anciano indulgente.

-Aquí el tiempo no existe. —me dice fríamente-. Mucho menos las horas. Espérame aquí —agrega, y sale rápidamente.

Advierto que el gato, echado cerca de mí, no duerme. Me mira con ojos súmamente bellos. Con ojos dulces y con una sonrisa burlesca.

-¿A dónde fué? —le pregunto.

-Fue a dar la hora. Los seres humanos son muy necios y el pájaro cu-cú se las ha de recordar a cada rato.

Diciendo eso el gato cierra los ojos y no vuelve a abrirlos más. Pienso

que es una falta de educación, pero también pienso que eso al gato lo tiene sin cuidado por que los gatos son así, indiferentes.

Mientras espero al regreso del ave veo venir y pasar cerca de mí, un ejército de hormigas. Lo más curioso es que salen de una puerta y entran en otra llevando sobre sus cabezas, pedazos de madera del mismo reloj. Como el gato se hechó por donde supuestamente han de pasar las hormigas, éstas, en vez de rodearlo, pasan por encima de él.

Si las dejo, pienso, acabarán con mi reloj. Será necesario traer un poco de insecticida y acabar con ellas.

Y dicho al hecho, salgo por una de tantas puertas que hay en la habitación. Hay cientos de puertas y no sé cual elegir, por lo tanto abro una al azar.

Del otro lado, en forma gigantesca, con las alas cruzadas y mirándome acusadoramente, está el pájaro cu-cú.

-Aquí nada se hace al azar. -dice. Si así fuera, yo no valdría nada. Aquí todo lo que se haga, tendrá que ser minuciosamente supervisado por mí.

Me mira y sonríe.

-Te tengo en mis manos. -dice-. Estás en mi poder. Bajo mi voluntad. En todo lo que hagas, yo estaré presente. Y lo que toques, es como si tocaras mi cuerpo. Y si matas a las hormigas (¿cómo diablos lo supo?), ya no te quedará tiempo ni para lamentar ese acto bochornoso.

Trato de explicarle que acabarán por destruir la casa, pero antes de decirlo sale volando quizá a informar al mundo qué hora es.

Aprovecho la ocasión para abrir otra puerta, y me encuentro dentro de un pequeño cuarto vacío, con una ventana asegurada con barrotes. ¡Esto es una celda!, digo, y cuando quiero volver, ya la puerta de la celda ha desaparecido. ¡Estoy atrapado!

Así, atrapado, permanezco, no sé cuántos años, o días, o segundos...

¿Cómo saberlo?

A falta de alimentos me voy adelgazando. Ahora sólo queda mi esqueleto óseo. Mis extremidades descarnadas y los huesos secos y brillantes. El brillo fosforescente de mis huesos basta para iluminar la celda. Estiro los brazos y piernas y me dispongo a dormir, pero no puedo. Desde la ventana de la celda, detrás de los barrotes se halla el pájaro cu-cú con su rostro de anciano y pico de cigüeña. Ahora usa espejuelos y lo veo más delgado que de costumbre. No más que yo, pero con los ojos hundidos. Casi con las cuencas vacías. Parece meditar profundamente. Al acercarme a la ventana, emprende el vuelo. Gira bajo las estrellas con mucha elegancia. Su forma y volumen se transforman imperceptiblemente. De pronto es un cisne, a veces un pegaso, ya una mariposa. Y en forma de cigüeña llega de nuevo hasta mí, y dice:

-¿Quiéres dar un paseo?

-Pero, estoy atrapado. ¿Cómo salgo de aquí?

-Has adelgazado totalmente, y no tienes ningún problema para salir a través de los barrotes.

-Tienes razón. Cómo no se me había ocurrido.

Recorremos un pasillo largo como una pista.

-Este pasillo nos conducirá a la fábrica. —dice el pájaro cu-cú.

Al principio el pasillo está húmedo, como si acabaran de lavar el piso, pero a medida que caminamos, se va haciendo más profundo. Muy pronto nos llega el agua a la cintura. A ambos lados del pasillo hay muchas puertas cerradas. El piso es pulido y brillante. Se distingue porque el agua es transparente. Cuando llegamos a la fábrica, el agua pasa arriba de nuestras cabezas pero respiramos sin dificultad. Y no obstante este mar que nos cubre, siendo mucho calor, y sed. Sed de agua fría. En vez de sudar, el agua se infiltra por el tejido de mis huesos, hasta que no queda a mi alrededor ni una gota. Entonces recupero mi cuerpo.

-Como vez, -me dice el pájaro cu-cú, estás formado por un 75% de agua.

Después me dice:

-¡Al fin, aquí está la fábrica!

En un espacio de miles de kilómetros, como una ciudad moderna, hay ensamblados, centímetro a centímetro, engranes, tuercas, cilindros, coronas, cuerdas, etc., piezas de una máquina perfecta en continuo movimiento.

-¡Es fantástico! —digo.

-No, -corrige el pájaro cu-cú-, es real y como puedes ver, es irrompible, e impermeable.

-Debe ser muy difícil darle cuerda.

Lo veo sonreír por primera vez, y dice.

-También es automático. Tiene una garantía por tiempo ilimitado. Es eterno.

-¿Eterno? —pregunto perplejo.

-Sí —contesta el pájaro cu-cú. Esta máquina que ves, no es precisamente un reloj. Es el tiempo... que ustedes ingenuamente han querido imitar. Y ahora discúlpame. Tengo que ir a dar la hora.

-¡Cu-cú!, ¡Cu-cú!

El canto del pájaro me hace despertar.

EL TEATRO

Parece contradictorio, pero cuando alguien me hace una invitación para presentarme ante el público y dar un recital de poesía o lectura de cuentos, es cuando tengo más conciencia del poco interés que existe entre la gente de asistir a este tipo de eventos. Si nadie me hace tal invitación, permanezco ajeno a la indiferencia de la gente y veo cómo el tiempo transcurre, y lo dejo pasar tranquilamente. Si esto permaneciera así, inalterable, hasta el fin de mis días, pasaría desapercibido. Vale más correr el riesgo.

Vale más experimentar todas las experiencias que se presenten (siempre serán bienvenidas) a costa de los desencantos, pues a la vez se reciben, cuando menos lo imagina uno, grandes satisfacciones. Sin duda lo mejor es participar. Dar lo mejor de uno.

Teniendo la necesidad de ir a una ciudad que hacía tiempo no había visitado, consideré prudente saludar a un amigo y charlar un rato con él.

Mario era nada menos que Director de Cultura y Recreación Municipal, y cuando me vió, además de haberle dado mucho gusto, me invita para que yo lea mis cuentos. A pesar de que lo he hecho en múltiples ocasiones, me proporciona una gran alegría saber que a alguien le interesa... y acepto.

No trato de decir que mi obra no tiene suficiente mérito para darla a conocer. De sobra sé que es amena y gusta, pero la literatura en sí, y la poesía en particular, definitivamente no goza de popularidad. Se le considera como algo que está mas allá de lo comprensible, y para ser sincero, hay

cierto desdén hacia ella, cierta apatía. El público que verdaderamente se interesa es reducido.

En cuanto a la opinión que tengo de mis libros, me declaro neutral. No me corresponde mencionarlo. Sólo puedo decir que es favorable... de otro modo, hace tiempo hubiera dejado de escribir.

Me dijo que le gustaría ultimar detalles respecto a la lectura de mis cuentos. Por lo tanto me condujo a su oficina para fijar la fecha del evento.

-Mi intención es —dijo—, darle a esta institución (casa de la cultura) una categoría. Que sea un lugar de esparcimiento para la sociedad. Presentando continuamente obras artísticas y culturales la gente tiene que llegar a acostumbrarse. Que se den cuenta que no es lo mismo ver televisión, que participar en un foro donde se pueden hacer comentarios acerca de lo que se está presenciando. Que sepan que se trata de algo diferente; de no ser así, no valdría la pena.

Estábamos en su oficina, él en un escritorio rústico, yo en una silla común y corriente.

Mientras platicamos, observo un calendario que cuelga sobre un clavo en la pared. Veo un volcán que se alza sobre una superficie lisa y suave. Se trata de una protuberancia rugosa y firme que se arremolina en el centro.

-¡Eso es un pezón! —le aseguro a mi amigo.

La foto gigantesca se concentra en el pezón, de modo que no se ven las otras áreas del seno, y sin asociarlo parece más a un volcán. Al verlo parecía que nos invitaba a responder, de qué se trataba.

-Sí, —contesta Mario—, es un pezón de Gloria Trevi. Son pocas las personas que logran identificarlo.

Cuando me entero que pertenece a Gloria Trevi, lo observo con minuciosidad. Me parece más interesante. Viéndolo bien, da la impresión de que es un punto donde comienza y termina todo.

Las paredes de la oficina contiene, fijados en ellas, diversos objetos, desde un sombrero charro, hasta un canasto repleto de flores artificiales, tan grande, que cubriría el escritorio si se colocara sobre él, de modo que en la pared se le ve grotesco. Anula la idea de lo estético. La intención fue exhibirlo como un objeto de arte; pero en la pared pide a gritos que lo retiren. ¡Qué feo!, un canasto lleno de flores amarillas, hechas artificialmente sin ninguna gracia.

Pues bien, todas las cosas que me rodean dentro de este recinto, pierden la fuerza de su presencia (aún el canasto), ante el pezón de Gloria Trevi.

Después de observar uno por uno los objetos que hay en la pared, de los que no puedes abstraerte por lo absurdo de su existencia, te das cuenta que todos van a concentrarse en el pezón, donde culminan como un punto final.

-Te invito a que veamos la sala de espectáculos, -me dice Mario, ahí puedes realizar la lectura de tus cuentos.

Después de una pausa, me dice:

-Pero primero quiero que veas este salón.

Se dirige a un espacio amplio donde recientemente se montó una exposición de pinturas. Aún quedan cuatro o cinco cuadros rezagados. Se trata de grabados que pueden ser reproducidos innumerables veces mientras se conserve el molde original. No importe pues que se queden ahí, o que se los roben. Muy diferente sería una pintura al óleo o una acuarela, porque una vez terminado, se convierte en una pieza única, insustituible.

Fuera de los grabados no hay otro objeto en la sala. No hay sillas, ni mesas, ni pizarrón. Sólo cuatro paredes.

-Aquí podemos organizar la lectura de tu obra. —me dice.

-Todo depende del número de personas que asista. ¿No se te hace

pequeño este lugar?

-Así es... pero vamos al teatro, ahí hay suficiente espacio.

Caminamos por un pasillo siguiendo una manguera que hay en el piso. Se atraviesa a nuestro paso como si quisiera hacernos tropezar. Debo tener mucho cuidado porque esta manguera, la veo por todos lados. Precisamente viene con nosotros desde la sala de exposiciones, y se ramifica a otros salones penetrando por debajo de las puertas. No me atrevo a preguntar a Mario cuál es la razón de que se encuentra ahí, aunque, tratándose de una manguera, se supone cuál es la razón de su existencia, mas nunca puede asegurarse. Desde luego que por ahí se traslada el agua pero, es realmente extraño. Nunca había visto algo igual. No en tal cantidad.

Seguimos la manguera y llegamos a una pequeña puerta. La abrimos. Ahí está frente a nosotros, el teatro. Tan espacioso como un cine. Aparecemos sobre el escenario, de frente a las sillas que son incontables. Me imagino que el teatro está atestado por gente que vino a escucharme. Que están todos ordenadamente sentados, viéndome. Tratando de investigar qué clase de bicho soy. ¿En realidad soy un escritor? —se preguntan, o acaso están perdiendo el tiempo?. Veo sus miradas curiosas y valoro la impresión que tienen de mí, por sus aplausos. Viéndolo bien, no es muy confiable esta expresión. Prefiero oír las opiniones que externan de manera natural y espontánea.

Hay cinco aparatos de clima artificial en cada una de las paredes laterales del teatro.

-Diez climas me dan la sensación de que hacen mucho ruido. ¿No es así?.

-No te preocupes, en la lectura y plática que tengas con el público, se utiliza equipo de sonido. No hay problemas.

El piso donde nos encontramos está hecho de tablas un poco deterioradas, sin llegar a crear un peligro; pero al recorrer con la mirada

las sillas, observo con espanto que hay algunas súmamente maltratadas, y otras definitivamente rotas. Son de madera comprimida, y se les ve sin respaldo, o con el respaldo vuelto hacia atrás, que viene a ser lo mismo porque de todos modos dejan de prestar un servicio a quien quiera sentarse en ellas. Pero viéndolo bien, nadie podrá sentarse sin que se hundan, porque se ve claramente que el material de la silla (de madera comprimida), no podría soportar el peso de una persona por flaca que fuera.

Las primeras sillas, las que están frente al entarimado, son las peores. Lo que hace pensar que han sido las más usadas, en tanto que las del centro, y las de atrás están menos maltratadas. Es obvio que tiene mucho que han sido adquiridas y es necesario reponerlas.

Se me hace muy extraño que Mario me diga:

-Son muy pocas las ciudades que cuentan con un teatro como este. Estamos orgullosos de tenerlo. Yo me siento muy contento.

Lo oigo expresar sus sentimientos respecto al teatro. Mientras tanto yo inspecciono con minuciosidad cada fragmento del recinto, como si se tratara de un cuadro famoso. Estoy desconcertado. Mario me describe lo contrario de lo que veo. En realidad estoy arrepentido de haber aceptado dar lectura a mis cuentos en este lugar.

Doy varios pasos hacia delante, y me acerco al borde del estrado. ¡Quedo estupefacto!. Las primeras diez filas de sillas, y el espacio que hay entre ellas y el escenario, está cubierto de agua.

Esa es la razón de que las primeras sillas estén rotas. El agua ha impregnado la madera comprimida, y la ha ablandecido, provocando su desvanecimiento. Con sólo presionarlas un poco, se doblarán como cartón. En realidad eso es, cartón... vaporoso y blando, deshaciéndose bajo la acción pertinaz del agua.

El plano inclinado de la sala no me permitía ver, desde el ángulo donde había estado, la parte inferior de las sillas más próximas, ni el nivel

del piso donde se ha acumulado el agua.

Al acercarme debía haber visto una charca profunda, pero alguien, por alguna razón, para disimular tanta humedad seguramente, ha colocado grandes piezas de madera en el piso, y al anegarse la sala, flotan a la deriva.

Observo el techo tratando de encontrar una ranura pero me es imposible hallarla, y no puedo explicarme cómo ha entrado tanta agua. Es un criadero de ranas.

-¿Cómo se coló tanta agua en este lugar?. Es muy extraño.

-El agua surge del subsuelo. Cuando construyeron este edificio le dieron un declive para colocar las sillas a distinto nivel, de modo que el público pueda ver cómodamente desde donde está sentado, pero no previeron que el agua emergería del subsuelo, y ya vez las consecuencias. Pero no es algo que deba preocuparnos. En cuanto deje de llover se escurrirá de nueva hacia abajo.

-Pero el piso y las sillas de madera quedaran inservibles. Aquí se necesita cuando menos una inversión de millones de pesos. Es necesario adquirir nuevo inmobiliario. Estas sillas son muy viejas, y el entarimado se hunde bajo nuestros pies. Podría incluso desfondarse. Definitivamente hay que cambiarlo todo. Lástima, porque como tú dices, en pocas partes tienen un edificio como este. Se le debería asignar una partida considerable, y tú debes pugnar por ello.

-Estoy de acuerdo contigo pero, aunque he insistido, me aseguran que no hay presupuesto. Nada puedo hacer. Ni las invitaciones a los eventos me pagan.

Antes de retirarnos le hecho una última mirada al lugar. Se ve abandonado. Sombrio. Se lo hago saber a Mario, y me dice:

-Nadie le da importancia, y sin dinero nada puedo hacer. Con decirte que los mismos agentes de policía entran aquí a surrar.

La manguera pasó de largo sobre la tarima, y se precipitó en el estanque, por debajo de las piezas de madera.

No entiendo para qué me trajo Mario a ver el teatro. En ningún momento me hizo mención de las condiciones en que se encuentra, por lo que supongo debo pasar por alto los defectos y limitarme a contemplar la magnificencia de los que fué hace muchos años. En tal caso debería elogiarlo.

El parece ubicarse en su juventud, cuando el edificio ha sido erigido. Es la única explicación que se me ocurre.

Quizá por eso opta por guardar silencio. En vez de vivir la realidad, evoca un pasado venturoso al que, desde luego, yo no tengo acceso.

Retornamos por un largo pasillo. En una de las puertas laterales se lee: "GIMNACIO". Aún cuando se trata de la Casa de la Cultura, no le doy importancia. Me parece lógico. Es como salir de la Casa de los Espantos. He perdido la capacidad de asombro...

I LOVE THIS GAME

En vísperas de que se inaugurara el XIV campeonato de basquetbol en Paraíso, se acercó a mí, Luis Manuel Jiménez Oyosa, y me pidió que los representara como lo hice con el equipo OILERS. Para que aceptara, me aseguró que estarían en el equipo, Erick Castillo Pérez, Uriel Córdova Torres, Emmanuel Sánchez Domínguez, Carlos Mario Avalos Domínguez, Raúl Flores y él, jugadores jóvenes con bastante facultades que prometían muchos éxitos.

-Muy bien. ¿Cuándo nos reunimos?

-Mañana mismo.

Pasaron varios días sin que lo viera. Pensé que se había arrepentido. Después lo encontré de causalidad.

-¿Qué hicieron?. Debemos organizarnos pronto.

Yo sabía que esta era la palabra clave para el éxito. La organización. Sin ella el equipo sería un fracaso. Cada quien haría lo que quisiera.

Esos jóvenes, según pude comprobar, estaban acostumbrados a tomar las cosas a la ligera. Parecía que nadie se preocupara por nada, sin embargo insistían que su intención era participar en el campeonato. Intuí que deseaban jugar sin hacer ningún esfuerzo. Supuse entonces que no les importaría perder los juegos con tal de que jugaran. Las cosas comenzaban mal y me sentí decepcionado.

Después me comunicaron que Uriel no jugaría porque estaba lesionado; que Carlos Mario los había abandonado, y que Raúl Flores estaba

comprometido a jugar con el equipo BULLS, porque de no ser así lo reprobaba su maestro. Era muy bueno para el deporte pero mal estudiante. Si quería aprobar tendría que quedarse con el equipo BULLS. Tres bajas sensibles tendrían que reponerse.

Contrataron a tres jugadores mediocres sólo porque eran amigos de ellos; lo que confirmaba que no tenían interés en ganar.

Yo estaba confuso. ¿Qué hacer?

Había que pagar \$100.00 de inscripción; \$100.00 de fianza; y adquirir el uniforme que resultaba sumamente caro.

-¿Quién podría patrocinarnos con el uniforme? —me preguntó Luis.

-Busquen por su cuenta. Yo veré si consigo algo.

Tuve suerte. Conseguí que nos patrocinara hielo ALEX. Había resuelto el problema capital.

Cuando se lo comuniqué a Luis, me respondió que se reunirían para ir a agradecerse al Ingeniero Gerónimo Suárez.

Los esperé todo el sábado como habíamos acordado, y todo el domingo.

Luego me explicaron que siempre no aceptarían el uniforme de Alex, y que ellos lo pagarían. Como ya no lo aceptaron, tampoco fueron a agradecerlo el Ingeniero, lo que evidencia una falta de gentileza. Bueno, pensé, eso es su problema.

Después me aseguró Luis que su padre le había dado \$300.00 para los uniformes. Pero \$300.00 no era suficiente.

Luego me dijo, sin que haya habido ninguna explicación para ello, y sin haberse preocupado en justificarse, sino de la manera más natural del mundo, que el dinero se lo había dado su padre, en calidad de préstamo, y que tenía que devolvérselo.

Las personas involucradas en este asunto, que integran el equipo, permanecían ajenas a la organización. Parecía que les daba igual inscribirse

en el campeonato o no. Nada hacían por lograr ese objetivo. Actuaban como si todo estuviera resuelto. Me pasmaba su indiferencia.

Por último, Luis vino y me entregó \$250.00 para el uniforme, diciéndome que se había gastado \$50.00 ¡Qué desfachatez!

Era el colmo, y estaba a punto de mandarlos al diablo, cuando mi esposa habló con la licenciada Martha Vázquez. Con su apoyo económico me sentí aliviado y decidí seguir en el equipo.

Martha pagó los cien pesos de la inscripción, cien de la fianza; \$600.00 de los uniformes, y un pago mensual asignado al entrenador del equipo. ¿Por qué lo hacía?. Estaba entusiasmada con los muchachos. Le da gusto verlos jugar. Además se siente importante al saberse dueña del equipo. Adquiere una personalidad nueva que la complace.

El problema es que los jóvenes que integran el equipo original son como los gatos, en vez de guardar fidelidad y ponerse a sus órdenes, reaccionan indiferentes y sólo se acercan a ella cuando necesitan algo.

Esto, como es natural, causó estragos en la sensibilidad de mi prima Martha. Decidió pues tomar medidas drásticas, e intervenir directamente en el equipo. Ahora cuando juegan se sienta cerca de ellos, y los incita a que jueguen con seriedad y con su mayor esfuerzo. De todos modos se muestran reacios a las órdenes de la licenciada, aunque he notado que poco a poco van cediendo hasta que terminen por entregarse, en franca comunión con ella.

Pero no sólo es indiferencia lo que aparentemente manifiestan (me parece tan absurdo, que me niego a creer que se trate de eso); se sienten celosos, e incluso llegan a mostrarse ofendidos si la licenciada o yo pretendemos incluir en el equipo a un nuevo elemento. Le sugerimos a Pablo Santos Márquez y no lo quisieron. Como tampoco aceptaron a Bartolo Ortiz Sánchez, ni a Luis Hernández Cabrera, aduciendo que no convenían al equipo por tener estilos de juego diferente al de ellos.

Nos vimos obligados a incluir a Alejandro Zequera Arvizu a la fuerza, en contra de las opiniones de Luis, Erick, y Emmanuel, que son los fundadores y columna vertebral del equipo.

Se necesita tener mucha paciencia y sangre liviana para soportarlos. Pero el amor y la pasión que sentimos por el basquetbol es más fuerte que eso. Es parte de nuestra vida. Lo vivimos intensamente. Amamos este juego. Tan intensamente, que nos ha proporcionado grandes satisfacciones... y disgustos.

Hace algunos días (13 de abril), cuando jugamos contra el equipo LOBOS del doctor Délmir, ocurrieron hechos bochornosos de parte mía.

Desde que se inició el juego, hasta poco antes de concluir, el marcador iba más o menos igual. El público estaba eufórico. Los SOX habían estado jugando maravillosamente, y se había creado un clima de gran tensión que nos tenía a Martha y a mí con los nervios de punta. Esto me sucede con frecuencia porque me entrego apasionadamente y temo sufrir un síncope cardíaco. Camino de un lado a otro, me froto las manos, y el corazón me palpita agitadamente. No puedo controlarme. Mi esposa me dice que deje el basquet, pero no puedo evitarlo.

Cuando el partido estaba por terminar, Zamir Deleija Echem, jugador del equipo contrario, conduce la pelota y se interna por el extremo izquierdo, donde sólo hay un defensa que corre paralelo a él. El defensa sólo pretende estorbarlo para que no anote. No es su intención cometer falta pero el árbitro, profesor Lenín Sevilla, considera que sí hubo contacto y se lo marca. Cualquiera puede equivocarse.

El maestro Peregrino externó su protesta. No hay nada de extraordinario en esta queja, pero Lenín se muestra arbitrario y castiga a nuestro equipo con dos tiros libres en contra, suficientes para que perdamos el juego porque bastaron dos aciertos, uno para empatarnos y otro para superarnos en el marcador. Zamir, un jugador sobresaliente, no tiene

dificultad en anotar, aún cuando frente a él estuve saltando para distraerlo.

La ira incontenible se agolpó en mi cerebro. Fui hasta la mesa donde estaban los árbitros, el presidente de la Liga, y el representante del equipo contrario, y grité, entiendo que insolente, que se nos había robado vil y descaradamente, y no sé cuántas cosas más.

El maestro Lenín, a quien estaban dirigidas mis palabras, se portó como un caballero. Y en la noche cuando recordaba los detalles de esos hechos lamentables, se me hizo extraño que toda la animadversión que sentía por él, se había desvanecido.

Cuando lo veo, no siento que tenga ningún resentimiento en contra de su persona, como si nada hubiera ocurrido. Celebro que así sea. No debemos permitir que el odio enturbie nuestros corazones. Me siento avergonzado y me arrepiento de haberme comportado tan soez. La pasión se gesta irreflexiblemente, y nos hace perder la ecuanimidad. Se trata de un reflejo instintivo que poseemos desde cuando aún no habíamos evolucionado; y supuesto de que somos animales, lo llevamos latente en nuestro ser, y se manifiesta en las personas débiles, cuando no sabemos controlarla.

EL domingo (24 de abril), la licenciada ha organizado una comida en su propiedad rural. Los jóvenes del equipo SOX no se veían muy convencidos, pero Martha los llevó a conocer el lugar, y quedaron encantados. Uno de ellos expresó lo que parece ser un comentario general. "Pensamos que era una pequeña construcción de guano sin ningún atractivo".

A mi esposa le extrañó mucho que siendo el motivo la reconciliación entre Martha y los SOX ella haya invitado también a los integrantes del grupo ECLIPSE, nombre de uno de los dieciocho equipos inscritos en el torneo. Tal vez obedece a que la Lic. Martha ordenó muchos kilos de carne para asar. También fueron invitados, el profesor Eliseo Bustos Leal, y Juan

Carlos Trujillo Falconi del equipo MAGISTERIO, y Daniel Márquez Guzmán de VENADOS. Todo quedó pendiente para las doce del día.

La distancia entre Paraíso y la propiedad de Martha se cubre en treinta minutos, a una velocidad moderada como ella conduce; tiempo que justamente se valora muy en alto si consideramos que mientras tanto, lo aprovechamos mirando la belleza del paisaje.

Imagínese que una persona se pasa media hora contemplando una serie de cuadros en una exposición. Su espíritu se recrea sin duda. Lo mismo sucede con el panorama que nos ofrece la naturaleza, concretamente en el espacio comprendido a uno y otro lado de la carretera Paraíso-Chiltepec. Es como estar viendo muchos cuadros del mismo tema. “Naturaleza viva” sería un nombre apropiado para esta exposición al aire libre que se caracteriza por una exuberante presencia de ambiente tropical. Hasta un niño se conmueve cuando ve las palmeras altivas, exhibir su lánguida esbeltez.

A medida que el carro se desplaza, se proyectan ante nuestros ojos las inconmensurables formas de vegetación que posee la virtud de permanecer estática y en movimiento perenne a la vez. Las variadas especies de plantas en constante efervescencia se combinan, proporcionándonos una apariencia nueva cada día, dentro de su configuración básica. Reverberan como esmeraldas bajo el sol, y se fusionan a su continente, el mar, la laguna, ríos, arroyos, islas paradisíacas, aves marinas, un puerto, barcas... todo dispuesto de tal manera, que se distribuye regularmente, de modo que a pesar de tantos elementos, se combinan en perfecta armonía. Sencillamente no nos cansamos de verlo.

Llegamos al lugar del convivio.

Encontramos que Emmanuel, Luisín, Erick, Rodolfo Martínez Barjau, Jesús Manuel Hernández Chablé, y Armando Lanz Ballhaus, del equipo SOX, están bañándose en el río. Nos acomodamos a nuestro antojo y nos

disponemos a disfrutar del medio ambiente.

No hay más que una construcción de guano tejido, en una gran área frente al río. Pero no se trata de un río cualquiera, sino de un río profundo y caudaloso que desemboca ante nuestra vista, en el mar. Mientras los jóvenes del equipo SOX se bañan, lanzándose desde un pequeño muelle rústico, yo prefiero acostarme en una hamaca atada a dos palmas de coco, tan cerca del río, que cuelga sobre el agua. Para subirse a ella es necesario deslizarse por uno de los brazos.

Donde nos establecemos se ve frente a nosotros una gran isla, y algunos islotes que se confunden entre sí por la distancia, pues en esta zona el río es tan ancho, que apenas se vislumbra el contorno del mangle, y por encima de estas plantas, las palmas de coco que dominan el paisaje por donde quiera que se vea.

A la derecha se ven, como cerillos encendidos, dos mechones, y una torre de Pémex... y el mar, muy lejos, pero imponente e interminable, sólo limitado por el horizonte que lo anula a la vista. Como sea, podemos suponer que más allá el agua es el elemento que domina nuestra vista y nuestra imaginación.

El río es profundo y vasto como una laguna. En sí es apéndice de la laguna Mecoacán y no propiamente un río. No es extraño pues que el ambiente sea eminentemente marino, y sus accidentes propios del mar, palmeras, barcas, pelícanos, turbas de aves marinas que sobrevuelan las lanchas de los pescadores. No importa la velocidad que imprimen los motores fuera de borda, las gaviotas podrán volar a mayor velocidad, sin importarles la distancia. Se excitan a la vista del pescado.

Veo a uno de mis hijos subirse a un bote de goma. Se balancea mientras se impulsa con dos pequeños remos. Se siente feliz. En cambio yo me preocupo, y no puedo seguir recreándome en el paisaje. Después de una semana de trabajo, un descanso espiritual de esta naturaleza me

reconforta plenamente. Pero ahora mi atención se concentra en mi hijo.

El problema es el siguiente: Un pequeño bote de goma es inestable. Como el río, a un metro de la orilla, es profundo, quien no sepa nadar se haya en peligro inminente.

Me deslizo hacia fuera de la hamaca y me acerco a la orilla, frente a él.

-Procura no alejarte –le digo débilmente.

Estoy pendiente de cada uno de sus movimientos. El (de trece años), se rebela. Los conozco bien. Piensa que estas precauciones están por de más, y que lo hacen quedar mal ante la gente.

Veo pasar infinidad de pescadillos. K. Lorenz, fundador de la Etología moderna, dice que entre estas familias existen algunas clases que “en proporción con sus tamaños relativos, se desvanecen la voracidad y el refinamiento de los métodos asesinos de depredadores tan famosos como tigres, leones, lobos, orcas, tiburones, y avispas”. De modo que, sin que lo sepamos, la vida bulle implacable en los lugares recónditos del planeta, y aquí observo una de sus manifestaciones más admirables, pues estos pescadillos exhiben asombrosa vivacidad. Verlos me fortalece.

Ahora observo que mi otro hijo (de siete años), se sube al mismo bote, y me da pavor verlos. Decido sacarlos a tierra firme.

Mi hijo Rafael se disgusta conmigo, recriminándome por no dejarle hacer nada. ¿Seré acaso un pusilámine?. Según la actitud que adopta mi esposa, soy un aguafiestas y sólo hago el ridículo.

Mi hijo mayor reprueba mi conducta. Apenas pasa una media hora y ya está de nuevo en el bote. Le permito que lo haga, pero mi instinto y mi responsabilidad de padre me hacen estar atento a lo que suceda. Pero...acaso puede suceder algo?

De repente mi hijo pierde el equilibrio y cae al agua. No sabe qué hacer. Se desespera y lucha por su vida. ¡Qué inerte queda una persona

que ha perdido la serenidad!. Es como si luchara contra sí mismo. Por fortuna mi hijo está muy cerca de la orilla y logra salir indemne.

Cuando ha pasado media hora, llamo a Haydeé a solas y le digo:

-Rafael ha estado a punto de ahogarse.

Se lo digo y me alejo de ella, pues habíamos discutido esta situación y se había mostrado muy confiada diciéndome que estaba yo exagerando.

-No te vayas —me dice—, quiero comprobarlo.

Llama a Rafael y confirma mis palabras.

-Ya ves por qué tu padre les aconseja lo que deben hacer, —dice a Rafael.

Y él, con una expresión más elocuente que las palabras, me da la razón, con admiración y cariño.

Almorzamos a las tres de la tarde, cuando todos se han bañado. El objetivo de lograr un acercamiento con los integrantes del equipo SOX, se logra venturosamente. Ellos conservaron en todo momento un estado de ánimo festivo.

El tiempo sigue su curso inexorable...

El lunes (25 de abril), nos enfrentamos al equipo CAÑEROS. Se trata de un juego de mero trámite, porque ellos integran un equipo débil. No tienen posibilidad de ganarnos.

El desarrollo del juego resultó un desastre. Nunca los integrantes de nuestro equipo habían jugado tan mal. El resultado no importa, se ha ganado; pero Martha ha hecho sus conclusiones y las ha externado.

-Estoy muy decepcionada de ustedes, —les dice a los SOX—. Este resultado es consecuencia de su falta de interés. Me ha dado gusto ver otros partidos en que, aún cuando han perdido, jugaron con decisión y ánimo de ganar. En cambio hoy nada les ha funcionado y, me da pena decirlo, se han portado como unos mediocres.

Luis responde:

-Como pudo ver, explotamos todos los recursos que teníamos a la mano. Hicimos los cambios posibles, pero nada funcionó.

-Lo sé. ¿Y saben por qué no funcionó?, porque no llegan a entrenar. ¿Entienden?

Está rodeada, en medio de la cancha, de SOXs, y se le ve furiosa.

-¡No hay otra explicación!. Le estoy pagando al maestro Peregrino para que les entrene, y ustedes, sin disculparse siquiera, faltan al entrenamiento.

Los SOXs, cabizbajos, admiten su culpa.

-Pero eso sí —dice uno de ellos—, desde mañana asistiremos puntualmente a entrenar, sin excusas ni pretextos. Se lo prometemos. Todos asienten mediante una expresión que no da lugar a dudas.

Está bien —dice la Lic. Martha, despidiéndose—, nos vemos mañana a las ocho de la noche en la ciudad deportiva.

El tiempo sigue su marcha, imperturbable...

Hoy miércoles (27 de abril), cuando me encontraba concentrado en el trabajo, llega mi prima Martha, elegante como siempre y con lentes oscuros, a mi despacho, y me dice:

-Te traigo malas noticias.

Me llevo las manos al rostro y preocupado, le pregunto.

¿De qué se trata?

He renunciado de manera definitiva al equipo SOX. No quiero nada con ellos.

-Ya había pensado en esa posibilidad.

-¿Si?, pues ya es una realidad. No los soporto. Estoy aportando mi tiempo, mi dinero, mi dignidad, y ellos son tan indiferentes a estos valores. No aprecian lo que se hace por ellos, y siento, aunque esté en un error, que

se han aprovechado de mí.

-Es cierto. No valoran tu esfuerzo, pero hay que considerar que son muy jóvenes y no tienen experiencia.

-Más bien creo que no tienen carácter. ¿Sabes que ayer sólo dos de ellos fueron a entrenar? Se han burlado de mí. Hoy mismo te confirmaré mi renuncia por escrito, con copia para el presidente de la liga.

Todo cuanto me dice lo comprendo muy bien. Yo también he pensado renunciar, por los mismos motivos de ella, y dejar que los SOX se administren como puedan. Al cabo que eso es lo que quieren, o cuando menos así se comportan, como si nosotros no existiéramos. Pero no han llegado los uniformes y no quiero dejarlos sin habérselos entregado.

En lo que no estoy de acuerdo con ella es que, en su opinión, se le debe devolver N\$1,100.00 que ha pagado. No hay ninguna razón para exigirlo. Se me hace extraño tanta intransigencia.

-O me devuelven el dinero (se refiere a los SOX), o me dan los uniformes.

Yo le respondo de tal manera que le quito importancia al asunto del dinero, pero ella insiste en que yo se los pida. Por último me dice que deja a mi criterio las condiciones en que debe de reintegrarsele.

Ya no insisto en minimizar esa cuestión. Guardo silencio y dejo que se desahogue. Se le ve contenta de estar al fin libre de la responsabilidad que había adquirido con el equipo. Si los SOX hubieran tenido un poco de tacto. Si la hubieran comprendido. Para lo que les costaba patentizarle un poco de afecto. No tienen idea de lo imprescindible que es este gesto cuando se trata de guardar buenas relaciones. Hasta en los pájaros, por dar un ejemplo, es elemental este sentimiento; cuanto más en un ser humano. No era necesario que se prodigarán en halagos, pero sí que fueran discretos. De modo que concluí que Martha está herida más que otra cosa.

Eso lo explica todo.

Se despidió de mí, y me quedo meditando en estos acontecimientos. No sé que hacer.

Como aún no han llegado los uniformes de la ciudad de Puebla, no que me queda más, por lo pronto, que esperar, pues me he hecho la idea de entregárselos a pesar de la opinión contraria de Martha, y habré de hacerlo de ese modo pase lo que pase. Estoy consciente de que faltan cinco días para que SOX, y otros equipos en similares circunstancias, se presenten a jugar con uniformes propios, de no ser así perderán los juegos.

Abandonarlos a su suerte sería indigno, y no pienso ni remotamente en ello. Esperaré los uniformes. Mas cuando pregunto al profesor Eliseo cuándo llegarán, él responde invariablemente: "ya vienen en camino". Se ofreció a pedirlos porque según dice, ha hecho buena amistad con los diseñadores, pero tiene más de veinte días diciendo que ya vienen en camino. No creo que tenga nada que ver con ello. El equipo al que él pertenece, también espera que le lleguen a tiempo...

Epílogo

El día menos pensado llegaron al fin, los uniformes. Como lo había decidido, habiéndolos entregado, renuncié al equipo. Ya no tenía nada que hacer ahí, luego entonces... dimití.

A nuestras renunciadas, los SOXs reaccionaron con indiferencia. Creo que ni siquiera se enteraron.

Al concluir el campeonato ocuparon el cuarto lugar, pero les hubiera dado igual terminar en segundo que en octavo, no mostraron alegría ni congoja. Y para el siguiente campeonato el equipo se desintegró como era de esperar.

"Beati pauperes spiritu".

BROMA DE MAL GUSTO

De un relato de Rafael Jesús Suárez Rodríguez

El viernes en la tarde, después de haberme bañado, me vestí lo más elegante que pude, a mi modo. Lo que yo considero elegante a mis trece años de edad. Cuando yo tenga la edad que mi padre tiene ahora, cincuenta y dos años, el concepto particular que tenga de vestir elegante, seguramente será otro muy distinto y muy distante del que tengo ahora. O en otras palabras, el concepto que tiene mi padre de la elegancia es diferente al mío. Aunque no creo que se preocupe mucho por eso. Tal vez el sentido del gusto, respecto a la manera de vestir, desaparece del todo. He visto a tanta gente que viste tan mal. Es tanto como decir que no tienen idea de lo que eso significa.

Mi padre tiene sus gustos incólunes sin duda porque me compró una camiseta que me encantó. Es de color azul turquesa, y al frente tiene un dibujo tétrico con una leyenda que dice: "You got a problem with that?". Lo tétrico no le quita lo atractivo. Un rostro descarnado con un sombrero al estilo del emblema de Guns n'Roses. Es la moda. Me la puse con un pantalón vaquero azul.

Cuando estaba por salir llegó Hugo, y juntos fuimos a buscar a Sergio, quien propuso que fuéramos a la Ciudad Deportiva a jugar basquet-bol. Estuvimos de acuerdo porque el basquet es nuestro deporte favorito. Y porque es una actividad sana. Mi madre dice que debemos seleccionar a nuestras amistades.

Nos fuimos a la Ciudad Deportiva caminando. Ibamos muy contentos gozando de nuestras horas de recreo después de permanecer cinco días en el colegio, pero surgió un problema grave.

No debió haber ocurrido, pero a Hugo y Sergio les dió por ir rayando con sendos clavos, la pintura de los carros que se encontraban estacionados a nuestro paso. Les quedaba la pintura desfigurada. Entonces les advertí:

-No rayen los carros. Les van a ver.

-¡Qué onda!. ¿Por qué no?

-¿Qué ganan con rayarlos?. No tiene caso.

Siguieron haciéndolo. Se trataba de puros carros de lujo.

Un poco más adelante, por donde íbamos a pasar, había una fiesta. Estaban ahí un grupo de señores tomando cervezas, sin que estuvieran borrachos. Por el contrario, estaban súmamente atentos a lo que hacíamos porque nos observaban detenidamente. Y nosotros ajenos a que habíamos sido sorprendidos, caminábamos hacia donde ellos se encontraban. Cuando llegamos se acercaron, y uno de ellos, joven y corpulento, cogió a Hugo y Sergio por el cuello. Echaba espuma por la boca de ira.

-Por qué rayan esos carros. ¿No saben cuánto vale la pintura?. ¿No verdad?, pues valen una fortuna. Y ahora sus padres tendrán que pagarlo.

-¡Llévalos a la cárcel! —gritaban los otros señores.

Mientras tanto, Hugo y Sergio estaban pálidos y temerosos, como es natural, pues ignoraban de qué manera serían castigados.

-¡Y tú chamaco —me dijo el señor que había capturado a mis amigos, lárgate de aquí.

No me quedó más que irme a casa. Pero estaba preocupado. Recurrí a mi mamá, y le expliqué todo en la noche.

-Pues ve y pregunta. —me dijo.

-No. No quiero cometer una indiscreción.

-Pues ve a casa de tu tía Enriqueta y dile a uno de sus hijos que vaya y pregunte.

Quando llegué a casa de mi tía, ya estaban enterados de todo.

El tipo aquel, de cuerpo de gorila, llevó a cada uno de mis amigos a sus respectivas casas, y exigió que le pagaran la reparación del daño. Lo demás, ya se lo pueden imaginar...

“Selecciona a tus amigos”, -me dice mi mamá.

Y ellos siguen siendo mis amigos. Lo que ocurrió sólo fue una broma de mal gusto. Un ligero error de cálculo. No pensaron que los perjuicios fueran tan graves. Ahora que lo saben no volverán a hacerlo... supongo.

GAJES DEL OFICIO

Sé muy bien que cualquier persona consideraría normal si se le traspapela un documento. Cuando se trata constantemente con papeles de diferente índole, como ocurre a individuos que ejercen una profesión como es la abogacía, el día menos pensado sucede que se pierde un papel. Lo buscamos con ahínco, dada su importancia, y no aparece por ningún lado. La búsqueda se torna febril y angustiosa, y terminamos por dar vueltas en un círculo vicioso sin encontrarlo. Malo sería que estos extravíos ocasionales ocurrieran con frecuencia.

Un viernes, cuando caminaba hacia el mercado, fui alcanzado por uno de mis clientes. Me explicó que traía consigo los documentos que le había pedido, mismos que servirían como prueba ineluctable para promover el juicio. Sin esos documentos no prosperaría la causa y perdería sus derechos. En otras palabras, se jugaba en este juicio prácticamente todo su patrimonio; y bien sabía yo que se cometía una injusticia con él. Los mencionados documentos pues, revestían una gran importancia para él, y una grave responsabilidad para mí. Me entregó los papeles, y ahí mismo determinamos que el lunes siguiente nos reuniríamos para que firmara la demanda.

El resto del viernes y todo el sábado, me olvidé por completo de los documentos. Mas el domingo antes de levantarme, los recordé, sobresaltándome, ¿dónde están?!. Sabía que los había colocado en la bolsa derecha de mi pantalón. Me levanté pues, hurgué en las bolsas, y no di con

ellos. Los busqué con frenesí en toda la casa. Me pasé el día buscándolos, sin hallarlos, hasta que entró la noche.

Sólo faltaba por buscar en el librero. Había una remota esperanza de que pudieran estar en ese lugar, y decidí dejar para el día siguientes ese sitio, con la idea de que dormiría con la esperanza de que ahí estaban, de lo contrario, si comprobaba antes de acostarme que no los había metido ahí, no dormiría, atormentado por la preocupación de que estaban perdidos. Aún así, no pude quitarme de la cabeza el problema, y padecí insomnio preguntándome obsesivamente, ¿dónde había dejado los documentos?. Es obvio que no obtenía ninguna respuesta, y mientras más me preguntaba, lo cual hacía de una manera mecánica, más me undía en una depresión profunda, en un sentimiento de desánimo, y en un agotamiento mental.

Se me ocurrió, que si encontraba yo los documentos, los besaría por el gusto de encontrarlos. Como a pesar de todo logré dormir a intervalos, soñé dos veces que encontraba los papeles, y los besaba. Pero en ambas ocasiones desperté con la conciencia de que el intenso deseo se había manifestado haciéndose realidad en sueños, y como tal, se había esfumado al despertar.

Al día siguiente, cuando el sol no asomaba aún su sonrisa matinal, ni los pájaros anunciaban la proximidad de un nuevo amanecer, me levanté con los ojos en blanco, el rostro demudado, y el corazón laténdome irregularmente, con una pequeñísima esperanza de que los documentos pudieran estar en la cartera; la abrí, y los encontré tal y como los había dejado. La sensación de alivio que sentí no puedo describirla. Saqué los papeles y me puse a besarlos, a pesar de que en el interior de la cartera, los microbios pululan y se corre el peligro de coger una infección. Corrí el riesgo a pesar de que, mientras besaba los papeles, percibía la repulsiva sensación de las bacterias al adherirse a mis labios...

¡FELIZ AÑO NUEVO!

Cuando Gustavo me habló del tipo aquel... ¿cómo se llama?, no sé. Por más que quiero no puedo recordarlo. Es un nombre extraño, y cuando lo pronunció, no sé por qué me dio la sensación de que se trataba de esas personas que se caracterizan por su talento. Una persona virtuosa en sí. Sin embargo, a medida que lo iba describiendo, me lo fue pintando como un ser repulsivo. “Me gustaría no volver a verlo más”, concluyó.

Al definirlo así, destacando de una manera enfática sus defectos, me pregunto, qué había ocurrido entre ambos.

-Se trata de un sujeto de mediana edad, chaparro, gordo, que representa unos veinte años más de los que tiene. Pero sobre todo, con aspecto desaliñado. Siempre anda con los botones de la camisa desabrochados y, en fin, que no parece ser un profesionalista.

Yo lo dejaba hablar. ¿Qué hacía con interrumpirlo?, se veía que se preparaba a darme pormenores de un hecho que recordaba con desagrado y por lo tanto, deseaba comunicarme para desahogarse.

-El es contador público, pero se dedica a vender pinturas.

-¿Es de aquí, de Paraíso?. -le pregunto.

-Es de Villahermosa, pero ese día al que voy a referirme, un 31 de diciembre por cierto, vino a ver si le pagaban unas facturas de cierta cantidad importante. No se las pagaron, pero sabiendo que yo vivo aquí, vino con su esposa y sus dos hijos a visitarme. Mi esposa tuvo la culpa de todo.

-¿Por qué?. -le pregunto, alentándolo a que siguiera.

-La cosa sucedió así: cuando vi que se estacionaron frente a la casa y reconocí al tipo aquel, le advertí a mi mujer que le dijera que no estaba en casa. Ella le dijo que me estaba bañando. "No importa, le contestaron, lo esperaremos", y se anclaron ahí, diciendo que él y yo éramos grandes amigos. Desde luego, la pobrecita de mi mujer lo creyó. Los hizo pasar a la sala y les invitó refrescos. Yo tuve que ir a bañarme. Lo hice con toda la calma del mundo, esperando que se fueran. La verdad es que era el último día del año y tenía muchas cosas que hacer. Ese día todo mundo tiene cosas que hacer, menos mis inesperados visitantes. Muy claro oí cuando decía:

-No me iré hasta darle a Gustavo un abrazo.

Esta frase me animó a salir, pues supuse que después de darme el abrazo se iría. Y efectivamente, se fueron una hora después. Cuando salí del baño, y viendo la confianza con que el contador me trataba, mi esposa se deshizo en atenciones.

-Siéntanse como en su casa –les dijo, y después los invitó a conocer todos los rincones de nuestro hogar.

Yo estaba desesperado, pero hacía de tripas corazón. Les sonreía amablemente para guardar las apariencias, lo que resultaba contraproducente porque ellos ciertamente se sentían como en su casa.

-¿No tiene algo de tomar? –me preguntó el contador confidencialmente-, algo para hombre, porque de plano el refresco que me dió tu esposa no lo tomé.

Le señalé el refrigerador.

-Ahí hay cervezas.

Como era 31 de diciembre el refri estaba a reventar de cervezas. En dos horas se tomó no sé cuantas, pero fue un número considerable. No tenía ninguna delicadeza. Las tomaba como si fuera agua.

Mi esposa mientras tanto se identificaba plenamente con la mujer

del contador... cosa extraña, con ese carácter hosco que tiene, le abrió el corazón con la misma facilidad con que le abrió las puertas de la casa. Fueron recorriendo cada habitación minuciosamente. Yo estaba desesperado. Por último, llegaron al patio, que tengo acondicionado como garage. Ahí mi esposa tenía, listo para ser quemado, un muñeco que representa el año viejo. Lo tenía sentado en una silla, y se le veía (al muñeco), indiferente a lo que ocurría a su alrededor. Los dos hijos del contador lo rodearon con suma curiosidad, tocándolo por todas partes.

-¡Qué interesante! —dijo la esposa del contador. (Gustavo siempre se refiere a él por su nombre, pero yo no lo recuerdo). Tanto que le gusta a mis hijos verlo cuando lo queman.

-¿Deveras?, -preguntó mi esposa muy orgullosa de haberlo diseñado-, les invito para que lo quememos juntos.

-¡Oh, sería maravilloso, más no sé qué diga mi esposo. Lo consultaré con él.

El contador dijo que sí, pero tenían que irse a Villahermosa a convivir con sus parientes, y se fueron al fin.

-Bueno, -dijeron cuando se iban-, nos vemos en la noche.

¿En la noche?, imposible. Ya eran las seis de la tarde. Mientras llegaban a Villa les darían las siete y media, y conviviendo con sus parientes se les acabaría el 31. Además, los niños se duermen temprano. Quedé tranquilo al ver que se iban.

Quise reprocharle a mi esposa ciertos detalles, pero opté por callar. Era el 31 de diciembre y no quería problemas. Justamente ese día debe uno fortalecer los lazos de amor, y ver el lado amable de las cosas. Como dicen las tarjetas navideñas, la paz y la concordia deben reinar en nuestros corazones.

La noche del 31 nos reunimos mi esposa, mis hijos, y algunas personas allegadas a la familia. Nos divertimos mucho platicando de

diferentes temas, y cuando menos lo esperaba... que llega el contador con su familia.

Yo quedé perplejo al verlo entrar. Se le veía alegre. Sin duda había tomado bastante, lo que no es raro porque ese día la mayoría de la gente bebe aunque sea unas cuantas cervezas. Lo que me resulta extraño es que viniera de tan lejos con sus hijos, sólo por ver cómo se quema un muñeco. Como si en Villahermosa no hubieran muchos. Sobre todo que se exponían a sufrir un accidente en el estado de ebriedad en que se hallaba. Por otro lado, no había en él, la delicadeza de la discreción a la que se ajusta una persona que está de visita. Se sentía como en su casa y hablaba a gritos. El cuerpo del alcohol ingerido le hacía efecto, y no debió salir de su casa.

-Lo prometido es deuda —dijo, refiriéndose a mí, como si me encontrara solo. En nada tomó en cuenta (lo que significa una falta de cortesía), a mis familiares y amigos-. Aquí estoy. No lo crees verdad. Se te ve en el rostro.

Yo estaba rojo de coraje, y tenía que guardar las apariencias.

-Siéntate, —le dije.

Su esposa, que estaba un poco apenada, (no mucho), se refugió en mi mujer.

-¿A qué hora es la quema? —dijo a manera de presentación.

Comprendía que el muñeco que representaba al año viejo justificaba su presencia ahí, y lo hacía evidente con sus palabras para darse confianza porque... ¿qué es eso de preguntar a qué hora es la quema? La quema es a las doce. Todo mundo lo sabe.

Como faltaban dos horas aún, (me dice Gustavo siguiendo su relato), se sentaron a la mesa, acompañándonos en la cena.

No puedo decir que nos honraron con su presencia, porque el contador dio un feo espectáculo. Comió y bebió de manera desproporcionada. Vociferó una y mil sandeces, y quienes estábamos en la

casa, terminamos por no hacerle caso. Por último se quedó dormido, y tuvimos que acostarlo en una de las recámaras de mis hijos. Desde luego que no se quedaría ahí toda la noche. Lo acostamos para que durmiera hasta que se le bajara la borrachera. ¡Qué necesidad!

-¿Cuánto tiempo durmió? —le pregunto a Gustavo.

-No había pasado ni media hora cuando lo vimos aparecer. No sé cómo despertó tan pronto. Se tomó una cerveza y pidió disculpas porque debía ir al baño. Entonces pensé que le había hecho bien dormir un rato, pues su espíritu se veía sosegado. Ya no gritaba. En la mesa estuvo callado. Procuré comprobar, mientras se dirigía al baño, el equilibrio que guardaba al caminar, y lo hacía como quien camina con un libro sobre la cabeza. Por fortuna se iba reponiendo poco a poco. Sentí una sensación de alivio al verlo porque pronto serían las doce de la noche, y era lógico que después de quemar el muñeco de año viejo, se iría. Después de que el muñeco fuera incinerado, no había pretexto para que se quedara ni un minuto más.

Mientras cavilaba sobre esta situación, —siguió narrando Gustavo—, advertí que no salía del baño, a pesar de haber transcurrido suficiente tiempo para haber satisfecho sus necesidades fisiológicas. Temiendo que se hubiera dormido, fui a verle, y me encontré con una escena súmamente desagradable. Se sostenía en la pared con ambas manos, babeando el piso. Me acerqué a él para proporcionarle ayuda, en caso de que fuera necesaria mi intervención; y entonces llegó a mis sentidos el olor rancio de lo que había comido. Se había vomitado en la ropa sucia, dentro del cesto que hay en el rincón. El olor fétido se impregnó en el baño, y estuve a punto de vomitar también, pues el olor de la comida regurgitada se filtró en mi cerebro. Me sentí mareado y salí del baño temblando de ira.

Detrás de mí salió él dando traspiés, y me dijo:

-Perdóname, pero creo que esos pinches camarones que me diste estaban echados a perder.

Hubiera sido inútil explicarle algo a ese imbécil. Lo dejé ahí con la palabra en la boca, y me fuí a hablar con la esposa. Le expliqué que el contador se había vomitado fuera de la taza del baño, sobre la ropa sucia.

-¡Oh, pobrecito! —contestó, mientras observaba hacia el lugar de donde yo provenía, para ver si vislumbraba a su esposo.

En vez de avergonzarse, se mostró preocupada por su marido, y antes de que se encaminara hacia donde él estaba, le dije:

-Le repito que se vomitó. ¿Entiende lo que eso significa?

Se me quedó viendo sin decir nada. Evidentemente estaba asustada. Nunca se imaginó que yo le hablara así.

Mientras tanto los niños, rodeaban al muñeco, a quien ya le habían encendido el puro que tenía en la boca. Fue una buena idea esa de empezar a carburarlo por el puro. Una ocurrencia de mi esposa, a quien observé momentáneamente. Estaba fascinada viendo cómo se elevaba la columna de humo. De un momento a otro estallarían las vísceras del muñeco hechas de material pirotécnico. Los cohetes colocados en las entrañas harían explosión ante la mirada estupefacta de los niños.

-¡Significa que se vayan inmediatamente de mi casa!

Me asusté de esta frase. Después, cuando reflexioné con calma, consideré que me había excedido, pero era demasiado tarde. No podía arrepentirme. Si me hubiera retractado en ese momento, habría quedado peor... aún cuando las cosas habían tomado un curso delicado. No pude arrepentirme, y no me quedó más que fortalecer mi actitud.

-¡La conducta de su esposo es insoportable y vergonzosa!. Me ha hecho quedar mal ante mis invitados y me...

Ya no pude seguir, el estruendo de múltiples explosivos al quemarse el muñeco de año viejo, no me permitía hablar. Los cohetes estallaban y salían disparados, trazando estelas y figuras fantasmagóricas en la oscuridad de la noche, ante el regocijo de la gente.

Tal confusión la aprovechó ella, y sin saber qué hacer, después de un lapso de duda, cogió a sus hijos de la mano, y los arrastró consigo a donde su esposo se encontraba.

¿Qué hacía mientras tanto él?, no lo sé. Me entretuve viendo el muñeco, y cuando entré a la casa para asegurarme de que todo marchaba bien, sobre todo porque me gusta atender personalmente a mis invitados, el contador ya se había esfumado. Ni siquiera se despidió.

-¡Feliz año nuevo!, brindé con mis amigos. ¡Felicidades a todos!

Sentí que el espíritu de paz y la alegría que trae consigo el año nuevo, invadían mis sentidos nuevamente. Me dio tanta alegría que me avergoncé de mí mismo.

Estaba eufórico...

EN EL CIRCO

El circo va y viene, de ciudad en ciudad, pregonando sus eventos fantásticos para la alegría de niños, jóvenes y adultos. Cuando alguno de ellos - generalmente un circo de una pista-, arriba a Paraíso, se instala en la ciudad deportiva.

Ahi justamente se estableció aquél que exhibió como atractivo principal, un rinoceronte. Fui con mi hijo Angel a verlo y me pareció ideal para escribir un cuento.

Esa misma noche ocurrió un incidente que me puso de muy buen humor por las circunstancias en que se dio. Mi hijo, que para entonces tenía cinco años de edad, me pidió que lo llevara al baño cuando el público estaba embelesado observando al personaje que lanza cuchillos y corta en dos un cigarro que sostiene en los labios un joven. ¿Cómo bajar, rodeado por una multitud donde no puedes moverte y que están tan ensimismados que no te hacen caso?.

Al principio, encontrar un lugar y ocuparlo no representa ninguna dificultad, pero en cuanto la gente va ocupando los espacios vacíos hasta cubrirlos todos, es imposible bajar. Si tenemos necesidad urgente de abandonar las gradas, sólo podríamos hacerlo bajo condiciones muy especiales. Habría que pedir permiso a muchas personas a la vez, de modo que esas personas, las que ocupan la zona del descenso, deberán sincronizar sus movimientos desplazándose uno a uno hasta que quede libre la vía y se pueda bajar con toda confianza. Pero esto representa, como ya dije, riesgos

imprevistos, porque nunca se sabe con quién vas a tratar, si es persona grata, de franca disponibilidad para ceder el paso, o por contrario se trata de algún sujeto de carácter áspero que te da mil explicaciones por las cuales no puede levantarse y no hace más que poner obstáculos para entorpecer o evitar la salida.

Sólo en caso de fuerza mayor tendría uno que aventurarse a pedir permiso presentando las consiguientes excusas. De otro modo lo mejor es abstenerse- Si se trata de ir a comprar un refresco por ejemplo, lo mejor es quedarse con las ganas.

Por otra parte, cuando un niño te hace saber que tiene ganas de orinar, es porque la evacuación es inminente y no puedes analizar con minuciosidad los recursos con que cuentas para satisfacer su deseo, ni si existe algún recurso que pueda beneficiarte. Es necesario actuar de inmediato.

Cuando apenas se iba a iniciar la función había escaso público, por lo que no tuvimos dificultad en encontrar un lugar donde sentarnos. Un sitio elegido de tal modo que pudiéramos apreciar mejor el espectáculo. Cuando las actividades en el circo dieron comienzo, ya no había prácticamente un lugar donde sentarse. Podría encontrarse un lugar aquí y otro allá buscando diligentemente, pero nada más.

Mi hijo y yo nos habíamos colocado en la parte más alta de las gradas, tal y como se les llama a innumerables piezas de madera escolanadas que circundan la pista.

Antes de que comience el espectáculo la gente se mueve continuamente en su sitio, tratando de mitigar el intenso calor que se encierra dentro de la gigantesca carpa. Pero en cuanto las luces se apagan y se encienden los reflectores que proyectan su luminosidad sobre el escenario, todos se calman, olvidándose del calor, distraídos por los atractivos actos que presenta el circo. Todas las miradas convergen en un punto donde se encuentran, ya sean los payasos, el domador, los trapeceistas, etc... Todo

mundo está abstraído.

Justamente entonces es cuando la tensión se fija en el rostro de los espectadores. Si se les mira detenidamente podemos comprobar, que están como hipnotizados observando al tipo de los cuchillos; y sobre todo, a la temeridad del ayudante al permitir que lo utilicen como conejillo de Indias porque, si efectivamente es un trabajo dejar que te lancen los cuchillos, también es cierto que fuera de eso no haces prácticamente nada.

Se expone a morir atravesado con una daga, pero a la vez su trabajo consiste en no hacer nada-. Mientras menos haga mejor, porque si hace algo, si se mueve por ejemplo, corre el peligro de morir con un cuchillo en el corazón, o que lo despidan del trabajo por torpe.

En cuanto al personaje de los cuchillos, vestido de cazador, derrocha soberbia en sus desplantes. Coge el cuchillo por la punta y lo lanza directo al puro, partiéndolo en dos. Este ejercicio se repite una y otra vez, ante los ojos azorados del público. Y entonces, en el momento de mayor expectación, me dice mi hijo que quiere ir al baño.

Reacciono de tal modo, que en vez de actuar lo más rápido posible, me pongo a meditar cómo resolver esa situación. Consideré la posición en que me encontraba. No digo "nos encontrábamos" porque toda la responsabilidad era mía.

No había por donde bajar para dirigirnos al baño. No estaba seguro incluso si había baño. Generalmente no hay baños en los circos. Lo más seguro es que no hubiera. Vi a mi alrededor, y sólo encontré un sin número de rostros fascinados.

Mi hijo empezó a agitarse. Reflejo característico de las personas en quienes la necesidad de orinar es inminente. Había que actuar con prontitud. Le dije que se parara y que orinara por entre las tablas, con sumo cuidado.

Como no podía sostenerse por sí solo, lo tomé de un brazo, pero temblaba de miedo temiendo caer y rodar entre la multitud.

-Cálmate —le decía-, no te muevas.

En tanto que él, con la paloma entre las manos, se inquietaba.

-Orina por entre las tablas.

Y él hacía todo lo posible por orientar el chorro en el espacio que hay entre las tablas paralelas que tenía enfrente, de espaldas a la pista.

Miraba yo de reojo a las personas más cerca de mí, y nadie se enteraba de lo que hacíamos, mas el temblor de la mano inquieta de mi hijo hacía que el chorro se disparara hacia todos lados menos al lugar donde él pretendía dirigirlo. Por más que le apretaba el brazo no podía controlar sus movimientos y en vez de orinar en el vacío, lo hacía en medio de la tabla (donde había estado sentado) mojándola y salpicando a quienes se hallaban cerca, y de manera muy especial a una señora gorda que recibía directamente el flujo del líquido en la espalda y en los brazos.

Vi que se incorporó, y nos miró sin decirnos nada, pero agitaba las manos para desprenderse la orina que de por sí es pegajosa y hedionda.

Cuando terminó al fin de orinar, nos concentramos de nuevo en los personajes del circo. En contraste con mi hijo, el señor de los cuchillos acertaba admirablemente al blanco.

Es extraño que ninguna otra persona, fuera de la señora particularmente afectada, se hayan percatado del acto, más corriente pero más conmovedor, que se escenificaba en las gradas.

Yo lo disfruté y me estuve riendo toda la noche. Caí en una disposición de ánimo que me hizo gozar por encima de los actos circenses y estuve recordando sarcásticamente los hechos. Incluso me hizo disfrutar más vívidamente los números de los payasos...

Los padres de familia estamos expuestos a situaciones muy delicadas. Cuando se trata de incidentes menores como este, lo mejor es tomarlo a broma, que suavice nuestro corazón en vez de endurecerlo.

MIS AMIGOS LOS PLATTERS

El día 21 de octubre mi primo Manuel Mendoza inauguró un giro comercial con venta de alimentos. Asistí y saboreé los exquisitos platillos hasta quedar satisfecho, a pesar de que con sólo verlos se me apetecía comer más.

En la tarde, después de que cerró el negocio, nos quedamos en la cocina del local cuatro personas: La señora Isabel que está a cargo de la administración; Juan, persona diligente, dibujante y rotulista, empleado de mi primo; Manuel, que es una excelente persona (lo tengo catalogado entre las más bondadosas que he conocido); y yo.

Nos quedamos a beber algunas cervezas y a platicar lo que surgiera. Por ejemplo, yo les hacía ver que eso de que los clientes se sirvan por sí mismos no es conveniente porque algunos abusan y se hechan de más por el mismo precio; y ellos alegaban que por más que quisieran excederse, la tortilla es pequeña y no se puede rebasar sus límites. Que además los clientes se había comportado honestamente. Y por último, que si descubrían alguna irregularidad la resolverían de alguna manera.

La plática siguió su curso convencional, y no sé por qué, la señora Isabel recordó a los Platters quienes –aseguraba–, era sus personajes favoritos. Me pareció interesante el tema y le pedí que nos contara algo de ellos.

Se relajó, tomó su tiempo (de lo que deduje se sentía muy complacida), e hizo el siguiente relato:

“-Como a todas las mujeres a quienes les gusta presenciar a sus ídolos, yo me desvivía por ver a los Platters. Como sucede casi siempre, los

personajes con quienes uno se identifica son contemporáneos, provocado por la ilusión que se forja en nuestros corazones a temprana edad, cuando nuestro espíritu está ávido de conocer y se entrega apasionadamente. Nuestros ídolos son el reflejo de lo que anhelamos ser. Somos nosotros mismos. Por ello nos identificamos plenamente. La prueba de que se trata de una ilusión y no amor, es que mi ídolo no era una persona sino un grupo, el cual me cautivó por sus excepcionales virtudes artísticas.

“¿Quién puede sustraerse a la calidad interpretativa de los Platters; y al magnetismo que ejercía sobre mí su fuerte personalidad?. Bastaba oírlos para que sintiera un escalofrío recorrer mi cuerpo de pies a cabeza.

“Yo era joven y ya los Platters eran famosos. Habían reunido no sé de dónde, una serie de canciones que revolucionaron la música más tarde. Fueron el cimiento de la música moderna, poco antes de que el rock invadiera avasallante, el mundo. Antes de que el rock hiciera vibrar a la juventud, ahí estaban los Platters.

“Voces de una gran vitalidad, talento, profesionalismo, y arte. No podía escapar a sus encantos. Pero sobre todo, ellos, con su fascinante personalidad. A toda hora los escuchaba.

“Pasaron los años. Sus voces de mezclaron en mi mente con la de otros cantantes: Nat King Cole, Pat Boone, Frank Sinatra... y aún así, conservaba en mi memoria, grabados a fuego, sus canciones.

“No podía yo, ni quería, olvidar. En sí, no los olvidaré mientras viva. Lo clásico no pasa de moda. Se fija cada día con mayor fuerza porque, cuando piensas que se debería ir desmoronando como un barco en el fondo del océano, se confirma día a día y entonces piensas (tal como es) que se ha consolidado en la historia de la música.

“Transcurrieron muchos años, porque cuanto yo era una jovencita, ya los Platters eran figuras relevantes. Me hice vieja. A mi alrededor la vida transcurrió con una fuerza arrolladora que transportaba todas las cosas a

otros sitios, y las transformaba o las renovaba. A mí me zarandeó como quiso, y aún estoy aquí aferrada a ella.

“-Los Platters también fueron sacudidos pero con más fuerza porque, de cinco elementos originales, sólo queda uno. El de la voz atronante que le da al coro un toque singular con el que no sólo se distinguían sino que destacaban sobre los grupos de su época. “The magic touch” de los Platters. Inigualables.

“-Cierta día en que los Platters sólo habitaban en mi subconsciente, porque otras actividades los había relegado, los veo asomarse en las páginas de un diario. Ahí estaban, informándonos que permanecería, ¡quince días!, en los majestuosos salones de un hotel de cinco estrellas de la ciudad.

“-Abrí desmesuradamente los ojos, y los conté. Sólo quedaba uno de los originales, pero eran, sin duda, los Platters. Los bellos momentos que me hicieron pasar, las vivencias de mi juventud, renacieron en mí. Le pedí dinero por adelantado a mi jefe, y me presenté noche con noche al show. Otra vez: My Prayer, Only You, Smoke gets in your eyes, I’m sorry, etc.

“-Pronto les llamó la atención mi presencia en la sala. No porque hubiera en mí algún atractivo en especial. No por mi belleza, o porque tuviera un cuerpo excepcional, o porque les distrajera mi elegancia. De todo ello carecía. Ni quien se fijara en mí. Cuando todo mundo iba acompañado, en parejas o en grupos, yo estaba ahí, sola, contemplándolos noche a noche, y este insignificante detalle, de estar aislada, indiferente a los demás, relegada en una mesa modesta, hizo que se percataran de mí.

“-Se comunicaron conmigo con una sonrisa, nos identificamos, y me atreví a hablarles. Les dije que durante toda mi vida los he idolatrado y que he disfrutado su música como nadie. Que tenían en mí su más grande admiradora, y que estaba encantada de conocerlos. Esta identificación tan espontánea les agradó mucho, al grado que me invitaron a que los acompañara a su apartamento. Era como un dulce sueño. Un sueño hecho

realidad que conservo en mi alma, y que me reconforta cuando los evoco.

“-Desde ese día fui noche con noche a su suite. Platicábamos, tomábamos refrescos, café o vino. Cenábamos. Y de vez en cuando cantaban informalmente para mí. Un sola palabra de su garganta, me hacía vibrar, y ellos lo captaban, pero ya estaban acostumbrados a que la gente quedara hechizada ante su presencia, por lo tanto, lo veían como algo natural; y no obstante que no les hacía gracia, les agradaba agradarme, como si me tuvieran lástima, pero sin desdén ni ofenderme en los más mínimo. Respetaban mis sentimientos y se conducían con franqueza.

“-Una noche, en que no tenía ni para el camión, le pedí a Manuel que me llevara al hotel en su carro. Aquí está él para atestiguar la veracidad de mis palabras. Me llevó, y poco antes que iniciara el show, estuvimos platicando con ellos en la suite del hotel. Tenían cinco piezas inmensas para ellos solos que eran como siempre, cuatro hombres y una dama. Ahí estuvimos mientras entonaban sus voces.

“-Estábamos como en casa, pues como dije antes, se conducían con tal naturalidad, que parecía que nosotros, o sea, Manuel y yo, no estábamos ante su presencia, sin que ello quiera decir que nos ignoraban. Al contrario, había entre nosotros mucha empatía. Nos comunicábamos más con el corazón que con gestos o palabras.

“-Y cuando en un momento dado les informaron que pronto daría inicio su audición musical, y que por lo tanto debían vestirse para salir a escena, ahí mismo, sin que existiera ninguna clase de prejuicios, ahí se cambió la chica del coro, quedando desnuda de pies a cabeza, ante la mirada atónita de Manuel que no creía que un monumento de belleza, un cuerpo maravillosamente esculpido en ébano, fuera realidad.

“-¿Cómo contener el éxtasis que nos hace estremecer, ante tantas virtudes?

“-Nos trasladamos a la sala de espectáculos, y los escuchamos de nuevo, interpretar sus grandes éxitos...

They...

Asked me how I knew,
My true love was true, oh, oh,
I of course reply,
Something here inside,
Can not be deny.

They...

Said someday you'll find,
All who love are blind, oh, oh
When your heart's on fire,
You must realize,
Smoke gets in your eyes.

So I chat, them and I nearly laught
To think they can dought, my love.
Yet to day, my love has flown away
I am with out, my love.

Now...

Laughting friends be right
Tears I can not hide, oh, oh.
So I smile and say
When I lovely flame dies,
Smoke gets in yours eyes.

Smoke gets in yours eyes.

A.S.L.

El centro de operaciones de mi primo Antonio Suárez Lázaro, se ubica, en el número 112 de la calle "G. Méndez" frente al parque municipal de Paraíso. Se trata de una farmacia en donde Antonio ha fijado, en el cristal del mostrador, un rótulo que dice: "OJO.- EMBALSAMO CADAVERES HUMANOS, FRESCOS O TARDIOS, TODAS LAS TECNICAS CON O SIN VISCERAS. EXTRACCION DE LIQUIDOS. SERVICIO DIA Y NOCHE".

Quienes estamos en el exterior, (no fuera de la farmacia sino del rótulo), experimentamos un ligero estremecimiento al enterarnos del significado de aquellas palabras. Tampoco es fácil criticar de espíritu pusilánime a quienes se sobresaltan al leer el cartel, porque se trata de una puerta de choque que al abrirla, quedamos cara a cara con el misterio insondable, inexplicable, confuso, del más allá. Adentro del rótulo está mi primo, imperturbable, con el material dispuesto, con el que trata al cadáver. Para él es un trabajo habitual, mediante el cual presta un servicio a la sociedad. Un embalsamador no se encuentra a la vuelta de la esquina. Es necesario poseer dos cosas:

Conocimientos y disposición de ánimo. Mediante este trabajo, (que se ha practicado durante miles de años), y la atención de su farmacia, Antonio cumple con una función social, que justifica su existencia en este mundo.

Así como los instrumentos de trabajo esperan (objetos inánimes que pueden permanecer siglos en un mismo lugar mientras no haya una

fuerza que los traslade a otro sitio), mi primo Antonio permanece impasible en su farmacia en espera de alguien a quien, -en estos casos siempre es igual-, les urge embalsamar el cuerpo de un individuo que debe ser trasladado a otra ciudad, o que por alguna razón (están en espera de un pariente que vive en Suiza) no puede ser inhumado. Pero... ¿es que hay alguien que se encargue de embalsamar cadáveres aquí en Paraíso?, se preguntan. Llegan a la farmacia y ahí está Antonio, muy quitado de la pena, con su acordeón, cantando las Blancas Mariposas.

Ya son las once de la noche. Antonio atiende a sus amigos como nadie. Como si los acabara de conocer hoy mismo. Les canta, les declama un poema larguísimo de Angel Suárez, les prepara un whisky, o les cocina, con todos sus condimentos, un dragón (especie de pez de aguas profundas que se pesca en Paraíso) al horno.

-“No guardes esas flores, de blancas mariposas, ni mires esas frases, que en ellas escribí; no invoques el recuerdo de cosas tan hermosas, cuando ya tu cariño comprendo que perdí. Adiós mis perfumadas y blan...”

Aunque Antonio modestamente permite que cada invitado se conduzca tal cual es su personalidad, que se relaje, que libere sus complejos, casi siempre es él quien impone, sin quererlo, su presencia, y ya podrán hablar mal aquellas personas tímidas, acomplejadas, beatas... él así es feliz.

Llegan dos tipos en un carro. Uno de ellos baja. Su semblante contrito hace guardar silencio a los amigos de Antonio, mientras este atiende al recién llegado, pero nadie oye lo que hablan. Entra al fondo de la farmacia, y al poco rato sale con un líquido que contiene: sustancias olorosas con las que se impregna al cadáver para preservarlos de la putrefacción natural, y conservarlos por determinado tiempo, tan fuertes, que lo mismo podría servir para embalsamar a una persona, que para disecar un elefante.

-Les voy a dar el gusto de prescindir de mi presencia un rato, -les dice a sus compañeros- siéntanse como en su casa.

Todos saben que por nada del mundo dejaría de ir a cumplir con su deber.

Después de embalsamar el cadáver, Antonio vuelve a la farmacia como si nada, agarra su acordeón, y sin hacer ningún comentario del cadáver, ya que se trata de un secreto profesional, canta: “A dónde irán, veloz y fatigadas, las golondrinas que de aquí se van...”.

La vida sigue su curso... ineroxable.

LA VECINA

"Obedeciendo a un llamado urgente de mi vecina, me presenté ante ella. Se trata de una mujer muy rica y la verdad, me extrañó mucho que me hablara.

-Aquí estoy a sus órdenes.

-Te lo agradezco mucho. Te llamé porque desde hace días estoy intranquila. Tengo un presentimiento de algo que no puedo descifrar. Creo que estoy nerviosa. No sabes cuánto bien me hace tu presencia.

"Me lo dijo tomándome de las manos, apretándolas, y conduciéndome a un sofá donde nos sentamos a platicar.

-¿Y cuál es el problema?

-El inútil de mi hijo. Ya no lo soporto, y quiero que me aconsejes qué debo hacer. Sólo le gusta andar con hombres. Yo he hecho lo posible por quitarle esa idea pero me responde que no me meta en su vida y si lo presiono, me insulta, y ha estado a punto de pegarme. No me queda más remedio que dejarlo hacer lo que quiera. ¿Qué me aconsejas?.

-¿Ha hablado con un psiquiatra? Ellos tienen respuesta para esa clase de problemas.

-Sí, pero no me han resuelto nada. Me dicen que es inútil tratar de evitarlo.

-Pero... imagínese, ¿qué podría hacer yo? ¿Por qué no pide consejos a una persona con experiencia?

-No, ellos no me comprenden. Además no busco ninguna solución porque se que no existe. Mi hijo Freddy está destinado a quemarse en las llamas del infierno a fuego lento, y yo estoy resignada a lo que venga.

"Todo esto me lo decía, sin dejar de apretarme las manos, cuando hice un intento, débil, para retirarlas, apreté con fuerza.

-¿Qué quiere de mí entonces?

-¡Comprensión! Estoy a punto de volverme loca y sólo tú puedes ayudarme. Desde que mi esposo murió quedé sola y necesito consuelo. ¿Qué puedo esperar de Freddy? En vez de palabras cariñosas me dice insolencias y casi no nos dirigimos la palabra. Te necesito...

-Bueno, yo... estoy a sus órdenes. En lo que pueda ayudarle, lo haré con mucho gusto.

-Espérame un rato —me dijo.

"Dejó mis manos libres al fin y fue en busca de una botella de licor y dos vasos".

-Ya que estás aquí —me dijo-, deseo brindar por que vengas con más frecuencia, quiero que te sientas como en tu casa. ¿Comprendes?

-Desde luego que sí, y se lo agradezco mucho.

-Entonces brindemos. No olvides que es un compromiso.

-Desde luego —le dije-, si se trata de frecuentar su casa lo haré con mucho gusto.

-Pero necesito que haya entre nosotros una confianza mutua, significativa, ¿me entiendes?

-Sí —le respondí.

"Confianza mutua, significativa". ¿Qué quería decir?

-Necesito una persona como tú que me comprenda. Alguien con quien contar a toda hora del día y de la noche. ¿Entiendes?

-Claro que sí.

-Lo sabía. A tu lado me siento otra. Tú no lo sabes, pero me haces

sentir más joven. Este encuentro tenemos que celebrarlo en grande ¡Salud!

“Seguimos brindando, y no dejaba de hablarme, diciendo que ella había soñado con ese momento y que a su lado, yo tendría lo que quisiera”.

“Cuando terminamos la botella me tomó de la mano y me condujo a su cuarto. En cuanto vi que cerró la puerta y le corrió el seguro, me opuse”.

-Si viene Freddy nos encontrará aquí, encerrados.

-Tiene prohibido entrar aquí. Lo sabe perfectamente y nunca ha osado desobedecerme. Dime que me acompañarás esta noche. Necesito cariño. ¿Sabes cuánto? (me le quedé viendo perplejo). Muchísimo más de lo que te imaginas.

-Pero...

-No te preocupes por nada. Conmigo tendrán lo que quieras. Tú sólo pídelo.

“Cruzó sus brazos a mi cuello y me besó apasionadamente. Yo no sabía qué hacer, ni me atreví a contrariarla”.

“En eso estábamos cuando... oímos tocar a la puerta. Era Freddy”.

-¿Qué quieres? –preguntó molesta.

-Vengo a decirte que voy a una fiesta.

-¿Y desde cuándo vienes a pedirme permiso?.

-Es que voy a regresar hasta mañana.

-Haz lo que quieras.

“Fué suficiente para que Freddy se fuera”.

“Ella cerró la puerta con llave y me dijo que me pusiera cómodo. Que la esperara en la cama mientras se bañaba. Así lo hice.

“Luego salió del baño desnuda y se acostó a mi lado.

-Pídemelo lo que quieras –me dijo.

“Me le quedé viendo. Contemplando la magnificencia de su cuerpo. Estaba tan entusiasmado admirándola, que olvidé momentáneamente dónde estaba. De repente me encontré flotando en un mar de sábanas blancas,

sobre una cama amplísima, de forma circular. ¿Cuándo se ha visto una cama circular? Pues ahí estaba... y en medio de ese mar, sereno... ella.

-¿Tienes hambre? —preguntó.

-¿Hambre?... este... sí.

-Pues híncame el diente, tonto.

-¿El diente?...

-Lo digo por decir algo. Hazme lo que quieras.

“Entonces me dije, ¿qué esperas estúpido? Atáscate ahora que hay lodo... y.”

EL RINOCERONTE

Cuando entramos al pabellón del circo, se estaban haciendo los últimos preparativos para que la función diera comienzo. La gente, que estaba integrada principalmente por niños, esperaba pacientemente el inicio, y como es lógico, tenían puesta su atención en el centro de la pista, donde doce o quince obreros trabajaban colocando una reja de hierro alrededor, de modo que la pista quedara aislada, para proteger a las personas de un posible peligro, algo que ignorábamos y que excitaba nuestra imaginación. No sabíamos de qué se trataba, pero todo hacía suponer que se preparaba la actuación de un gigantesco rinoceronte que la empresa había exhibido por las calles de la ciudad, transportándolo dentro de una jaula, como principal atractivo para los niños. La impresión que causaba entre la gente esta publicidad era, como puede uno imaginarse, muy efectiva, pues un rinoceronte es un animal raro, al que muy pocas veces se le ve. Su aspecto peligroso, su terrorífico cuerno, y su figura tosca, lo hacen ser sumamente interesante. Todo mundo sabía pues, por intuición (y por deducción), que se trataba del rinoceronte que el circo presentaría al público, y mientras que los empleados trabajaban con esmero, los asistentes estábamos a la expectativa.

Los obreros del circo también tomaban muchas precauciones, como si fueran a mostrar a King-Kong o algún dinosaurio, por lo tanto, aún cuando pensábamos que ya habían concluido su trabajo, no dejaban de forcejar con los gruesos barrotes de hierro. Mientras preparaban el escenario, los

niños (y los mayores también), nos moríamos de curiosidad. Ni duda cabía que se trataba del espectáculo más grande del mundo.

-¿Y si se sale?, -preguntaban algunos con aprensión, pero viendo aquella protección tan fuerte se animaban, no obstante de que al hacerle publicidad, los dueños del circo aseguraban que aquel rinoceronte era capaz de voltear un carro.

Al fin, todo estaba listo para empezar. Yo le daba toda clase de explicaciones a mi hijo de cinco años, al igual que lo hacían otros padres, con ese espíritu de comunión que nos une a la familia.

Entró el domador, con un látigo en las manos, al centro de la pista, y abrieron la compuerta para que saliera el rinoceronte. Se trataba de un momento crucial, como cuando salen los toros al ruedo, o más emotivo aún, y aunque se retardó por un momento, apareció la mole, ¡increíble!, trotando, dando vueltas y vueltas en la pista. Moviéndose con tal suavidad, y con tal elegancia, que constataba con su forma grotesca, y lo hacía a la vez, tierno y monstruoso. Mas, en contra de lo que habíamos sospechado, no denotaba ninguna peligrosidad, sin que esto suponga en absoluto, que no lo fuera.

Había un lleno casi completo en el circo. La gente estaba muy entusiasmada y eufórica, manifestando este estado de ánimo con gritos. Para mí, que soy una persona reflexiva, se trataba de una reacción muy simple para un ser humano, pero la presencia insólita del rinoceronte, los colmaba, sin que fuera necesario que aquel animal se viera en la necesidad de hacer algo para justificarse.

Yo me preguntaba, qué gracia podría ejecutar este fósil viviente. El domador, que no hacía otra cosa que verlo, como un espectador más, sonaba el látigo, sólo para impresionarnos, lo que no era necesario porque, al verlo ahí sin hacer nada, llamaba mucho la atención, pues nos hacía preguntar, qué objeto tenía ahí su presencia... ¡insólita!, como la del

rinoceronte. Se trataba de dos entes tan distintos, tan ajenos uno de otro, que parecía estar viendo dos espectáculos diferentes a la vez. El rinoceronte era la realidad increíble. El domador representaba lo absurdo de la escena, más increíble aún por lo inútil de su existencia en ese lugar. Hacía restallar el látigo con tanto estilo, que si el rinoceronte se hubiera enterado, de seguro se hubiera detenido a observarlo.

Hubo un momento en que la bestia (me refiero al rinoceronte) se detuvo. Después de dar vueltas sin hallar ninguna salida, consideró que seguir trotando sin sentido no tenía caso, y... olisqueando, fue a dar con una porción de zanahorias que se tragó en un segundo. El acto de comer la zanahoria nos llenó de asombro a todos, no porque tuviera un alto grado de dificultad, sino porque, siendo herbívoro, el haberse tragado la zanahoria no tenía ninguna gracia. (Lo gracioso sería que el domador las hubiera comido). Un momento después entró a su jaula, satisfecho quizá de no haber hecho nada, al igual que el domador.

Pero después de todo, no ha de ser fácil para un domador enfrentarse a una fiera que se supone es en extremo peligrosa y resulta dócil, pues no tiene oportunidad de probar su valor, y se expone al ridículo. Quizá en eso resida su audacia. Si es así, resulta ser un tipo súmamente temerario.

PING-PONG

Cuando mi hijo Rafael y yo comenzamos a jugar ping-pong en las mesas del Palacio de los Deportes, nos boleábamos bastante bien después de algún tiempo de practicarlo, devolviendo con relativa facilidad la pelotita, con nuestras paletas de fibracel de tercera categoría. Ahora, después de haber tenido bastante tiempo de practicar ese juego, ya no se nos facilita el boleo. No respondemos la bola con la frecuencia y certeza que quisiéramos, y nos conformamos con devolverla algunas veces.

No significa este cambio, de ninguna manera, que nuestro juego haya degenerado. El motivo es que la calidad de nuestro juego personal ha evolucionado de tal manera, que las devoluciones son más rápidas, y la pelota pasa a ras de la red y por lo tanto, es más difícil para ambos contestar y sostener un boleo tan vertiginoso, lo que antes no ocurría porque nuestro juego era lento (Rafael estaba aprendiendo aún, y yo tenía mucho tiempo de no practicarlo).

A partir de la fecha en que se inauguró el Palacio, cuando iniciamos nuestros juegos, le ganaba con facilidad, y más bien trataba de contestar de tal manera que a él se le hiciera cómodo devolver la bolita. Este sistema hizo que cayera en un vicio, el de contestar la bola sin colocarla en las zonas vulnerables de su área, ni clavarla. Como la calidad del juego de él iba en aumento, pronto advirtió que podía contestar con fuerza, de modo que yo me he visto en apuros para sobrellevar el juego.

Cada vez es más difícil ganarle, y para hacerlo, más que cualidad natural, recurro a artimañas para conservar su nivel, y mi prestigio. Por ejemplo: poseo un saque muy efectivo. Es un rayo el que tengo en mis manos, y cuando estamos entrenando, él con frecuencia me dice que lo ponga en práctica, y yo me imagino que lo hace para aprender a contestarlo. Aún así, es mi mejor arma, y el único recurso que me queda para poder ganarle algunos juegos.

Pero no me importa perder con él, porque siendo mi hijo, sé que lleva mi sangre, y me imagino que soy él cuando gana, y que soy yo cuando pierde... y viceversa; tal como va y viene la esfera que golpeamos.

YOGA

Muchas veces he estado tentado a escribir mis experiencias con la disciplina conocida como yoga. Otros temas los concibo y escribo de primera intención, pero en lo que respecta a la relajación y meditación trascendental, llega una y otra vez a mi mente sin decidirme en definitiva. Bueno, ha ocurrido tantas veces que en dos ocasiones en que por fin logré comenzar, lo he dejado a medias; tal vez por no estar conforme con el trato que le he dado. No he quedado satisfecho y ahí sigue obstinado en mi cabeza.

¿Cuál es la razón de que quiera consignarlas?. Su carácter extraordinario sin duda porque, eso de despertar y encontrarse flotando en el aire a seis metros de altura, tiene necesariamente que ser un acontecimiento extraordinario para el que lo experimente. Esa es la razón por la que trato de llamar la atención y explico a quienes se interesan, los pormenores del caso, aunque siempre dudan de que sean ciertos.

Todo empezó un día en que cayó en mis manos un libro de yoga de no sé qué autor de la India. Después de la introducción, que te transporta a un mundo fascinante, preparándote espiritualmente para iniciarte en disciplinas exóticas, te explica la transcendencia del ejercicio de la meditación en tu salud, concepto de la vida, etc., todo envuelto en un ambiente de misterio que evoca las Mil y Un Noche y te traslada al Oriente lejano.

Me decidí a poner en práctica las enseñanzas del libro. Sobre un petate aprendí, guiado por las instrucciones, el ejercicio de la respiración

inferior, media y superior, o sea respirar por el estómago, el abdomen y el tórax para que el oxígeno se infiltre hasta los lugares más recónditos del cuerpo.

Después aprendí a relajarme de tal modo que los músculos del cuerpo, que permanecen en tensión mientras estamos despiertos, se aflojan hasta quedar distendidos, como sucede cuando dormimos. El método para quienes se inician es el siguiente: piense que tiene usted clavados en la piel innumerables alfileres. Uno en cada poro. Después imagine que lo va sacando uno a uno, comenzando por los pies, las pantorrillas, los muslos, etc., hasta llegar al rostro. A medida que los va retirando, la piel va relajándose hasta el grado de no sentirse. De lo que inferimos que estamos conscientes de cada uno de nuestros músculos al grado de controlarlos con nuestra mente por la tensión permanente en que se encuentran. Así, si queremos mover un dedo, no hacemos más que ordenarle mentalmente que lo haga y al momento obedecerá. Tenemos tan ejercitado el sistema muscular que nos movemos a nuestro antojo, caminamos, corremos, bailamos, etc. Esto pues, no lo enseña el libro de Yoga. Lo que nos enseña es cómo “no” movernos hasta entrar en un estado cataléptico. Si ejercitamos esta disciplina habitualmente, la dominaríamos en beneficio de nuestra salud, pero al no ponerla en práctica (no sólo como individuo sino como especie), lo que ahora ejercitamos torpemente terminará por atrofiarse, obedeciendo a las leyes de la evolución. Por fortuna, dado que está involucrada nuestra salud y el perfeccionamiento espiritual, ha sido motivo de constante investigación en las culturas orientales.

Todos los días extendía el petate en el piso de mi cuarto y ponía en práctica los ejercicios que, como su nombre lo indica, se trata de una disciplina a la que uno debe someterse sin que nadie, sólo nuestra voluntad, nos obligue, pero sabiendo que sus efectos son incompatibles con la pereza y la consecuente desobediencia a sus reglas. De modo que en mi caso podría

abandonar esta práctica (casi siempre termina uno por abandonarla), entre un día y el resto de mi vida.

Como estaba soltero, no compartía con nadie esta escuela. A pesar de ello mi entusiasmo no decaía. Me sentía fortalecido por mis propias experiencias. Por ejemplo: en el libro informaba que a medida de que los ejercicios se repitieran, el practicante tendría la sensación de que, en alguna parte del estómago, mas bien en la parte central, se debía gestar calor. Un calor reconfortante, sumamente agradable. Yo, en vez de calor sentía fuego intenso en mis entrañas, que se presentaba desde el mismo comienzo de mis ejercicios. Este fuego, tal y como lo experimentaba, venía ciertamente acompañado de un imaculable bienestar. Imaculable porque, aunque quisiera orientar mis pensamientos a situaciones escabrosas, insanas, bochornosos, es decir, negativas, no era posible evocar tales imágenes. El resultado infalible es, una sublime sensación de paz espiritual, tan bella, que sólo puede compararse a la muerte, tal y como se describe en una serie de experimentos que se han realizado con personas a punto de perecer, quienes estando en el último hálito de vida han afirmado observar una puerta frente a ellos, que los atrae irresistiblemente, asegurando ver una luz blanca, tan intensa que los ciega y que al cruzarla se encuentran en un estado de felicidad jamás sentido y se niegan a retornar a la vida.

No obstante antes de llegar a la puerta, temen cruzarla. He aquí la confesión de un moribundo.

“...siento volar... mi cuerpo está flotando... me da la impresión de que mi alma se estuviera desprendiendo de mi cuerpo... la respiración se me dificulta... la puerta se va abriendo... una brillante y cegadora luz filtra por la rendija que forma la puerta al irse abriendo... me estoy esfumando... ¡no me dejen morir!... ¡la puerta, doctor, la puerta...! esa puerta... está abierta... la veo... voy hacia ella... ¡no me dejen entrar!.. ¡se los ruego!... siento un viento extraño y frío, que me impulsa por los aires a la puerta que

ahora se ha abierto totalmente,,, empiezo a escuchar los cánticos... ya no me duele nada...no siento mi cuerpo..."

Otros, según los libros que versas sobre el tema, ven un remolino en forma de túnel por el que penetran y al final, una luz blanca que los atrae.

Antes de conocer estos conceptos escribí el poema Un Fragmento de Muerte, en el que, curiosamente, existen algunos detalles muy parecidos a la confesión de los que están a punto de morir. En mi poema el personaje ya ha pasado la puerta y el alma, separada del cuerpo, vacila, antes de adaptarse a su nueva dimensión.

...de súbito despierto
me levanto
siento deseos
de vagar en el jardín
nada me lo impide
todo está como siempre
quizá más hermoso aún.

Bajo mis pies
el piso es suave
casi inexistente,
como si no tocaran
la materia.
es una sensación grata
que me conduce
me hace caminar mucho
sin cansancio
me arrastra suavemente.

No siento que sea
de carne y hueso,
sino de algo
transparente
vacuo,
todo es más ligero
y sublime
todo está más tranquilo
que de ordinario,
en esta plaza nadie hay
que me acompañe,
como si todos
estuvieran muertos.

Desde muy lejos,
veo que alguien viene
como un espectro,
pasa a mi lado
y no me advierte
le hablo
como se le habla
a un hermano
o a un amigo,
pero él no contesta
se aleja,
¿a dónde va?
le sigo con la mirada
y se pierde
en la distancia.

¡Qué extraño!,
no hay pájaros,
a pesar de que
las flores
despiden un aroma
profundo
veo flores
por todas partes
posiblemente es primavera...
pero tengo frío,
alguien pasó
y se hundió
en la distancia
eternamente.

Desde aquí reconozco
que todo es eterno,
como las flores
y como yo.

Alguien pasó
y lo recuerdo
desde la infancia
siempre estuvo
a mi lado
y ahora se va.

Sí...
era tan parecido a mí
llevaba mi nombre
mi espíritu

se llevaba mi cuerpo
se fué de mí
para siempre
y me ha dejado
solo
con el aroma de las flores
con estas flores
que se están marchitando.

Retornemos a nuestro asunto. Decíamos que los efectos de la relajación trascendental son de bienestar general. Uno de los encuentros más auténticos con los dones del cielo, que de alguna manera tiene que estar asociado con la armonía universal, pues todo lo que se siente es el concepto más preciso que pueda tenerse, (al margen de las diferencias filosóficas, religiosas o políticas), de lo que son los valores morales. Todo se unifica. Todo coincide en el vértice del más alto perfeccionamiento del ser que corona al hombre por encima de las otras especies; mas no lo digo con presunción, sino juzgado humildemente, como una consecuencia de la evolución de la vida. Sin apenas la especie inmediata anterior, de la que descendemos, no existiríamos. Como tampoco existiríamos sin cualesquiera otra a las que estamos encadenados cronológicamente por eslabones. A falta de un eslabón de línea recta, de los millones que integran la evolución de las especies, no existiríamos.

Pero... ¿acaso este prodigio, esta facultad de relajarnos tan profundamente no la poseen otras especies? Tal vez algunas como el oso por ejemplo, cuando inverte, o muchas otras en diferentes circunstancias. Pero no lo creo porque, valorando mis experiencias, la "conciencia" que tenemos de lo que nos rodea (que es la culminación de la inteligencia lograda en nuestra especie) va más allá de la simple existencia.

Me acuesto en tal posición, que mi cuerpo descansa en un plano horizontal sobre la espalda, y me relajo. Después de sentir ese fuego intenso que en vez de quemar me conforta y me traslada a otra dimensión (como ya expliqué), siento que las ropas que me cubren, una sábana por ejemplo, me aplasta con su peso como si fuera de plomo, y a partir de entonces, siento que la sábana va perdiendo peso hasta que se desvanece totalmente. No sólo la sábana, o las piezas que visto, también pierdo contacto con la materia que me rodea, como el piso, y siento claramente, lo percibo sin ninguna dificultad que mi cuerpo no tiene peso, por tratarse de un cuerpo espiritual, dado que el cuerpo físico también desaparece de mi conciencia, y en ese punto justamente, me elevo sobre la superficie del piso... y floto. Es increíble la sensación de ir desprendiéndose de todo lo que es material e irse elevando por encima del piso, el cual ya no tiene ninguna importancia para mí (excepto que al principio lo tomo como punto de referencia), ni la casa, ni nada, sólo el placer de estar en plena armonía con el universo. Nada tiene ya importancia para quien experimenta esa extraña sensación etérea, celestial, divina.

Cuando llego a la iglesia y veo a personas transfiguradas en pleno arrobamiento y comunión con Dios, pienso en lo inmensurablemente feliz que han de sentirse. Tan indiferentes a la negación, a las dudas, al escepticismo de los intelectuales. Tan ajenos a la cuestión de los filósofos, de que si es o no es. ¿Cuánto daría uno de estos pensadores por sentir en su corazón reflexivo, la divina experiencia y el gozo de estar en comunicación con Dios, al que no tienen acceso?.

Pero, retornemos a nuestro argumento.

Hasta hora los hechos expuesto son de los que podríamos designar con el calificativo de extraordinarios. Pero los efectos de practicar yoga, en lo que a mí respecta, va más lejos aún.

Por la sola repetición noche a noche, de esta disciplina, mi subconsciente se fue sensibilizando de tal manera que empezó a manifestarse por sí solo, tal y como sucede efectivamente durante el sueño, en el que captamos una sucesión de imágenes mentales que sólo pueden ser recordadas si las memorizamos al despertar. De otra manera las olvidamos.

Susceptible, el subconsciente se desborda, haciéndose presente mediante el sueño como siempre, pero también en estado de vigilia. Al despertar encuentro con que mi cuerpo no obedece las órdenes de mi mente. ¿Qué ha sucedido?. Para explicar mi situación hago de cuenta que estoy escribiendo un acto de magia, con la diferencia de que los magos simulan los actos a los ojos del espectador, haciéndoles ver lo que no existe. Se trata sólo de un ardid provocado con artimañas que se guardan muy bien de revelar, como el juego de manos por ejemplo, objetos que sacan de las mangas o del interior del sombrero, u otros artificios más sofisticados. Se trata pues de una distorsión de la realidad, lograda mediante la distracción al público que hacen con mucha destreza. Son juegos de salón. En tanto que, en los respecta a la disciplina del yoga la simulación no existe, ni un público a quien embaucar.

Despierto, y me encuentro flotando en el espacio por debajo del techo de la casa, a cuatro o cinco metros del piso. A pesar de que en esas fechas dormía en hamaca (más por necesidad que por gusto), que te obliga a dormir en las posiciones más incómodas que pueda uno imaginarse, (tal y como aparecen los personajes en los cuadros de Braque y Picasso), me despertaba flotando en el aire en posición horizontal, como si estuviera acostado sobre una superficie plana pero sin objeto alguno en el que descansara.

Observaba mi cuerpo, no desde la hamaca, sino con la sensación de estar allá arriba, levantando ligeramente la cabeza para observarlo, rígido y amortajado en una sábana como un cadáver. Esta situación impresionante la tomaba con calma pues consideraba peligroso (aún no sé si lo es o no) salir de ese estado de súbito.

Me preguntaba cuál era la razón de aquel fenómeno. Mi consciente observaba perplejo las reacciones que pudieran sobrevenir; y no obstante mis temores, experimentaba una serenidad y una paz espiritual profunda, con el temor de que alguien llegara a distraerme. Alguien que tocara a la puerta. Entonces con el propósito de saber si mi cuerpo obedecía a mi mente, le ordeno sentir frío como si estuviéramos en invierno y responde de inmediato. Le ordeno que sienta calor, y comienza a sudar con profusión. Por último, para salir de aquel estado, empleo los ejercicios de respiración con los que comencé mis enseñanzas y vuelvo a mi condición normal.

Hay personas a quienes les platico estos hechos y no lo creen. En cambio otros se entusiasman, como aquel amigo de mi primo Amado Francisco Franco Suárez, joven profesionista de aspecto intelectual quien me dijo que no le interesaban mis cuentos porque él ya no lee para no perder el tiempo. Y que si alguna vez se decidía a hacerlo sólo lo hará si de antemano sabe que se trata de algo que vale la pena. Y después, cuando ya había retornado al D.F., dijo que se había equivocado pues encontraba mi libro (una versión del Reloj de Pablo), interesante y que lamentaba haberlo hojeado ante mí ligeramente. Pues bien, este joven intelectual cuyo nombre nunca supe, pero que podría llegar a saber en caso de que me interesara, sin que estos quiera decir que algún día me interese, me dijo:

-Te escucho describir tus experiencias con el yoga y voy confirmado cada una de tus palabras. Con los datos que he acumulado de la materia puedo asegurarte que tiene facultades que ni tú mismo sabes hasta dónde podrías llegar. Estás destinado a vivir una vida sana en todos los aspectos.

Toma esta dirección —me dijo—, en tanto que me entregaba una tarjeta que contenía el sitio donde se ubica un Centro Yogi en el que según él, debía internarme.

Luego agregó:

-Deja tu trabajo, a tu mujer, tus hijos, en fin a tu familia y a todo y encláustrate en ese lugar. No necesitas llevar dinero ni pertenencias. De aquí en adelante el dinero no te hará falta. No porque haya en abundancia, sino porque no lo necesitarás. Di que vas de parte mía. No te arrepentirás, te lo juro. Puedo asegurarte que nunca más querrás salir de ahí. Aprovecha tus virtudes.

Todo esto lo dijo en el café, ante un grupo de personas que escuchaban incrédulas, pero sorprendidas de la seguridad con que el amigo de Amado se expresaba.

¿Cómo! ¿abandonar a mis hijos...?

Olvidémonos del tipo de apariencia intelectual y sigamos con nuestro tema.

Otro día despierto y encuentro que no puedo moverme un ápice (qué es un ápice). No puedo mover ni una micra, no digamos de mis extremidades, ni siquiera de un dedo. Como si estuviera atado de pies a cabeza. O peor aún, como una reacción natural de un estado cataléptico. Por más esfuerzos que hacía, no podía moverme, a pesar de estar consciente de mi parálisis. Entonces me dije “no te desesperes. Toma las cosas con calma y nada te pasará”. Esperé pacientemente a que en algún momento se normalizaran los músculos de mi cuerpo que permanecían, ahora sí más rígidos que nunca, como una pieza compacta. “No temas”, me decía, pero tenía miedo. Entonces, acudiendo de nuevo al recurso de la respiración, como había aprendido del libro, volví a mi estado normal.

Y ahora que hablo del libro, en ninguna página previene que llegue uno a despertar de la manera como lo hice. Tampoco dice nada de otras experiencias como cuando, con los ojos cerrados (no como en los otros casos) vi que un humo negro avanzaba consumiendo los objetos que habían a mi alrededor, hasta llegar a mi mano y comenzar a borrarla, desintegrándola a medida que avanzaba, como si mi cuerpo se quemara, sin sentir dolor pero disolviéndose por los efectos del humo.

No pude más y abandoné los ejercicios por temor. Pensé que si tuviera un instructor que me aconsejara, pudiera superar ese miedo.

Algunos años después, estando ya casado, llegó un Yogui (así se les nombra a los maestros de Yoga) y se presentó en Villahermosa. Asistí a su conferencia y ante un público de unas cuarenta personas (mujeres en su mayoría), le expuse mi caso. Para mi sorpresa, contestó:

-Lo que usted dice es cierto en todos sus detalles. Pero ocurre sólo a dos tipos de personas. Los nacido en Piscis, y los nacidos en... (aquí olvidé el otro signo que mencionó).

Y sin cerciorarse si efectivamente pertenecía a uno de esos dos signos, aclaró que lo que sucede es que quienes nacimos en tales fechas, somos personas muy sensibles, y los únicos que podemos llegar a tal estado con tanta facilidad.

A propósito -me preguntó-, ¿a cuál de los dos pertenece?.

-Soy Piscis. -respondí-, nací el 16 de marzo.

Después, haciendo alusión a las reacciones que se habían operado en mí como respuesta a los ejercicios de Yoga practicados, nos dió la siguientes explicación, que es la clave de esta ciencia, o sea, su esencia.

-A pesar de los efectos extraordinarios provocados por el yoga en el cuerpo y la mente de Piscis (se refería a mí) no nos dejemos deslumbrar. La exposición que ha hecho nos demuestra las grandes facultades que posee, pero no es este el fin supremo, ni básico del yoga. Su objetivo es perfeccionar

al hombre en su integridad y no parcialmente. Se propone el desarrollo físico, mental, moral y espiritual del individuo.

Palabras sabias, pensé, pero estábamos conscientes de que la presencia de este señor se limita sólo a tres conferencias y a partir de entonces, quedaríamos otra vez al garete, sin un instructor que nos guiara. Desde luego, la breve exposición del maestro me aclaró muchas dudas.

Si practica metódicamente los ejercicios, -nos dice Indra Devi-, “comenzará a sentirse mejor de salud, a dormir más serenamente, a tener más disponibilidad de la mente y más alegre el espíritu”.

“La ciencia del Yoga –dice Indra Devi-, puede resolver los problemas de cualquier individuo, con tal que sea receptivo, lo mismo si se trata de problemas de índole física, que sin son de naturaleza mental o espiritual”.

“El objeto del Yoga es vincular al hombre lo finito, con el Infinito, con la Conciencia Cósmica, con la Verdad, con Dios, con la luz, o como quiera llamarse a la Última Realidad”.

Cualesquiera podría pensar que esta cualidad vale más no tenerla, que poseerla y no aprovecharla. Pero no es así, aún sin ponerla en práctica permanece latente en mí. Participa en mis actividades tenue pero constantemente y a veces de manera impresionante. Me hace captar situaciones que los sentidos no pueden alcanzar. Entre otros casos (algunos tan insólitos que prefiero no citarlos), mencionaré el siguiente: En un momento dado, en muchas ocasiones he leído la mente a las personas que están unidas a mí por algún sentimiento. No se trata de palabras. Se trata de una comunicación maravillosa. Un momento de éxtasis mediante el cual puedes interpretar los pensamientos, o la intención de tu interlocutor, de manera inequívoca y justa como si fueran tus propios pensamientos. Se

trata de un instante intenso, muy expresivo, que apreendes en toda su integridad. Muchísimo más expresivo que las palabras.

Pero lo más importante es sentir un constante, incommensurable e inextinguible afecto por la vida en todas sus manifestaciones. Esto me hace contemplar con asombro los prodigios de la naturaleza (todo signo de vida y su medio) y regocijarme ante su presencia, cada minuto de mi vida.

EL EXAMEN

Después de haber transcurrido este día, sentado al borde de mi cama, tranquilo, tomo conciencia de cómo sucedieron los hechos. Cómo se mezclaron las circunstancias de una manera tan inesperadamente absurda, tal y como ocurren las cosas a veces, sin que nadie las pueda controlar. Así es como pasa la vida. Bueno, pero no es para tanto, después de todo, el resultado ha sido el mismo.

Concretemos: La maestra Enriqueta imparte clases de Geografía en el colegio Paraíso. Tiene gran vocación para ello. Su sistema es impecable. Nos explica los temas como nadie, y como tal, nos exige que haya reciprocidad de nuestra parte. Que cumplamos con nuestro deber de interesarnos en lo que hacemos. No admite holgazanería. Y lo que es mejor, está consciente de quiénes somos cada uno de sus discípulos. Nos conoce como si fuéramos sus hijos. Sabe quien estudia, y quien es perezoso. Incluso sabe quien va a reprobado en los exámenes y quien no. Ejemplo:

Mercedes es una niña que se pasa el día platicando, indiferente a lo que la escuela significa. Con su actitud, se ha ganado un lugar muy especial en el criterio de la maestra, de tal manera que es necesario darle un escarmiento de una buena vez. Para que no copie en los exámenes como acostumbra, la maestra ha dispuesto formular un interrogatorio para cada alumno. Como no se repiten las preguntas, es imposible pedirle al vecino las respuestas. La maestra se tomó la molestia de elaborar los cuestionarios (uno diferente a cada persona), y tuvo la precaución de escribir el nombre

del alumno en las hojas para evitar confusiones. Y considerando que Mercedes es la más floja, le asignó el interrogatorio más difícil. De ese modo se vengaría de la astuta Mercedes, quien (sin estudiar), había aprobado todos los exámenes anteriores, copiando a los compañeros. Qué desagradable sorpresa se llevaría la sagaz Mercedes. Más astuta que una zorra de cuentos infantiles. La veo con su expresión de niña tímida y se me revuelve el estómago cuando sé que está presta a valerse de mil artimañas para lograr lo que se propone. Es un cínica.

La maestra preparó su material de trabajo, y colocó las hojas de los exámenes por orden alfabético para ir las entregando al pasar la lista de asistencia. Observa con satisfacción el resultado de su labor, producto de una mente activa y capaz. Pero no siempre las cosas salen como uno quiere.

El día del examen ella despertó indisputada y se vio obligada a permanecer en reposo. Ya habían aparecido algunos síntomas de agotamiento mental y físico, y hoy, muy a su pesar, tuvo que quedarse en cama.

Les pide a uno de sus hijos que lleve el material de trabajo al colegio. Entonces la Directora reparte las hojas al azar, sin tomar en cuenta el nombre que tienen asignadas las hojas para cada alumno.

-Señorita Directora —le hago la aclaración—, me ha dado una hoja que no me corresponde. Si observa bien, al margen izquierdo lleva un nombre que no es el mío.

-Olviden el nombre —responde—. Contéstenlas tal y como las repartí para no perder tiempo.

Por uno de esos caprichos del destino, me toca contestar la hoja de Mercedes, confeccionada particularmente difícil por las razones que han sido aclaradas anteriormente.

La suerte está de su parte una vez más. El destino la protege contra viento y marea, pero ella no hace nada por su persona. Como consecuencia

de su descarada irresponsabilidad, es incapaz de contestar los más elementales conceptos de la materia. No tiene idea, geográficamente, en dónde se encuentra. Lee las preguntas, y en vez de contestar, observa a sus compañeros con la intención de que alguien la auxilie, pero todos están atentos a sus trabajos porque el tiempo apremia. Transcurre inexorablemente. Avasallador. Se lleva, como un río caudaloso y turbulento, todo cuanto halla a su paso. Principalmente a aquellos que no están preparados para resistir su embate.

LOS CERROS

Después de tomar un baño y escuchar las noticias, llego a la casa que fue propiedad de mi tío Manuel Suárez Vera y ahora pertenece a sus hijos.

El recuerdo de mis tíos, la atmósfera que esta casa dimana y su configuración, que conozco desde la infancia, me satisface plenamente.

Aquí me encuentro con mi primo Manuel Suárez Herrera. Como está por salir a la finca Los Cerros, me invita a que lo acompañe.

Nos subimos a la camioneta, paso a la casa por mi hija Elvira de cinco años de edad y mientras cubrimos la distancia que hay entre la ciudad y Los Cerros, Manuel recuerda algunos pasajes de su vida de estudiante.

Me dice:

“La razón que me impulsó a estudiar arquitectura, una rama de la ingeniería.. una especialización, ya que la ingeniería académica en términos generales es mucho más amplia y en este caso viene a ser el género y la arquitectura la especie. Lo que me indujo a estudiar arquitectura, es lo relativamente fácil que encontré la ciencia de las matemáticas. Dentro de la suprema complejidad que significa, me atraía. Y me sigue atrayendo, pero estoy hablando de cuando era estudiante. De cuando la prepa la hacíamos en dos años. Yo estaba consciente de que no podía perder el tiempo en reuniones con amigos, en el café o en fiestas y esa convicción no me permitía hacer excepciones. Por el contrario, me hubiera sentido mortificado haber salido alguna vez. Y cuando salía, porque sí salía de vez en cuando, incluso

con alguna frecuencia, era bajo estrictos preceptos de comportamiento súmamente limitado, como pretexto para dedicarnos al estudio de las diferentes materias que nos impartían. No necesitábamos hacer ningún esfuerzo porque ya estábamos habituados, y sobre todo, porque conocí a un tipo judío, todo un personaje, con quien competía como si practicáramos algún deporte.

"Se apellidaba Arditi y, como todo judío, se imponía una disciplina férrea, que cumplía con la mayor naturalidad, difícil de igualar. Eso me daba ánimos. Sobre todo porque facilitándoseme como se me facilitaban las matemáticas, él no se apartaba de mí. Me trataba con distinción y con tal deferencia, que no dudaba en invitarme a su casa para que le enseñara a resolver los problemas básicos que traen consigo las matemáticas clásicas y modernas. Considerando que él era un magnífico estudiante, era para mí un honor acompañarlo a su casa".

Llevo sentada en mis piernas a mi hija Elvira y la abrazo por la cintura por temor a que se golpee con el parabrisas porque, cuando dejamos la carretera y nos desviamos por el camino de terracería que nos conduce a la finca, el camino se torna abrupto y sinuoso, por entre un sinnúmero de plantas de coco.

-No hay duda de que se trataba de un buen estudiante. —Le digo.

-¡Excelente! —dice Manuel., él y yo contendíamos por el primer lugar del salón. Así, un mes me superaba y otro recuperaba el lugar de honor. Esta competencia en vez de hacernos rivalizar, nos unió, y a pesar de no pertenecer a su raza, me convertí en su mejor amigo. Después comprendí que no había nada extraño en ello. En una ocasión cuando había más confianza entre nosotros, me dijo:

-Nuestros padres... y nuestros abuelos también, nos aconsejan intimar sólo con las personas valiosas, a quienes le podamos aprender algo. Con los holgazanes y con mediocres no debemos alternar jamás Esa es nuestra

norma y no debemos infringirla ni una sola vez.

“Ahí comprendí por qué me aceptaba en su casa toda la familia, al grado de que simpatizaron conmigo porque hallaron en mí un interés que un miembro de su raza debía aprovechar a toda costa. No obstante sus ideas, el cariño que me patentizaban era sincero. Incluso me invitaron a visitar la sinagoga donde, el ritual que realizaban, lo encontraba muy parecido al católico, pues se trata del viejo testamento que se haya en la Biblia, aunque nosotros seguimos la enseñanza del nuevo testamento. El caso es que, por tradición, llevan una vida disciplinada y estoica. No es raro pues que tantos científicos de raza judía hayan sido galardonados con el premio Nobel”.

Mientras observa el camino por donde conduce, Manuel se abstrae. Nos aproximamos a los Cerros siguiendo el escabroso camino apisonado de tierra y arena con ligeros ascensos y descensos por entre las palmas de coco que abundan en el paisaje.

Mi primo prosigue su relato:

“Me invitó para que, tres días por semana, lo instruyera en matemáticas. A cambio él y sus hermanos me iniciarían en conceptos muy avanzados en arquitectura, que otros de su raza habían aprendido en EE.UU. y que, como es natural entre ellos, lo habían asimilado, en su perpetua manía de acumular información”.

Observo las plantas. Los cocoteros llegan a medir hasta treinta metros de altura. Para cortar los frutos (cuando no se espera a que caigan por sí solos), se emplean cuerdas que se usan para subir por el tallo. Se trata de una tarea agotadora y peligrosa. Con machete en mano se cortan los cocos uno a uno, o en racimos, dejándolos caer al vacío. Una vez cortados se rajan con hachas para extraer la carne de la que se extrae el aceite para usos múltiples, tales como cosméticos, perfumes, jabones, margarinas, etc.

-Aquí tengo cuarenta y dos hectáreas cultivadas de coco, que

producen suficiente para vivir sin problemas económicos. Es tan noble esta planta que aporta treinta y dos toneladas de copra al año.

Sería inútil tratar de calcular el número de plantas. Son incontables. Nos detenemos frente a una casa grande y vieja, junto a un secadero, donde la copra esparcida cubre la superficie de cemento.

-Como vez aquí siempre hay trabajo. Las plantas son como una fábrica de producción perenne. Una bendición de Dios.

Tengo la intención de bajar y echar un vistazo aquí y allá y como siempre que llego a un lugar que no conozco, pregunto:

-¿Hay perros?.

Es obvio que le tengo pánico a los perros.

-Muchos. —Me dice Manuel.

Me abstengo incluso de bajar el cristal, pero a través de él, veo salir de la casa a Marcelino, administrador y encargado de la finca, a quien mi primo fue a buscar para llevarlo ante su suegro, no sé con qué fin.

Mientras Marcelino se prepara para el viaje, hacemos un pequeño recorrido en la camioneta. Llegamos hasta donde termina el predio y empieza la vasta laguna de Mecoacán con sus aguas dormidas, donde los bancos de ostión han sido explotados por muchas generaciones de pescadores y ahora están en peligro de ser contaminados por los pozos petroleros instalados a los alrededores.

En un corral veo un venado de gruesa cornamenta, oteando el aire, y por las palmas de coco, frente a la laguna, una docena de patos floridanos.

Mi hija está fascinada ante tanta belleza.

-Esta propiedad me proporciona, además de un buen negocio, un grato efecto de paz espiritual que me conforta. Es como una terapia a mis sentidos, porque debes saber que padezco de los nervios. Mira mis brazos. Estas excoriaciones afloran a mi piel de la nada. El doctor dice que no debo alterarme. Y qué mejor manera de serenarme que venir aquí a recrearme

en la naturaleza. No tienes idea cuánto significa todo esto para mí. Es mi refugio. Aquí me aíso del mundo.

Me llama la atención un promontorio de tierra y pregunto:

-¿Qué es?. Parece estar mezclado con concha de ostión, pero... ¿con qué fin? ¿Quiénes lo erigieron? ¿Cuándo?.

-Fue un asentamiento maya. Todo hace suponer que se establecieron en esta zona dedicándose a la caza y a la pesca que había en abundancia. Por eso emplearon tanta cáscara de ostión. No cabe duda que hubo una gran actividad. Y como siempre sucede cuando nos apoyamos en simples conjeturas, un gran misterio lo envuelve todo. Por ejemplo, ¿Qué te sugiere saber que ahí hay cadáveres?.

-Todo imaginaba menos eso.

-¿Recuerdas la gran precipitación pluvial que provocaron los huracanes Opal y Roxana a fines de 1995?. Llovió día y noche causando encharcamientos profundos. Corrientes de agua, y deslaves por todas partes. Entonces vimos surgir de la tierra huesos y cráneos.

-¿Craneos?. ¿Cuántos eran?.

-No lo sé. Sólo eran fragmentos. Pudo haber sido uno, o varios. Como sea, no hemos investigado.

Cuando retornamos a Paraíso, me sigue platicando de su amigo.

“Cuando llegué por primera vez a su casa y entramos al cuarto de estudio, quedé fascinado del ambiente tan pulcramente ordenado que tenía ante mí. Todo impregnado de limpieza, de gran magnificencia. Los muebles y todos los accesorios parecían haber sido importados. Las grandes cortinas, los valiosos tapices, y la alfombra suave y fina como piel de oso. Estaba extasiado y no pude contenerme”.

-Más que un departamento, tu casa parece un palacio de cuentos de hadas.

“-¿Mi casa?. Este departamento y todos los que habitan mi familia,

y en general los que viven los de mi raza, los poseemos en calidad de arrendatarios. No adquirimos inmuebles a ningún precio.

-Observó mi rostro y leyó en mis ojos que no creía en sus palabras.

“-Ustedes tienen un concepto muy distinto al de nosotros en lo que se refiere a la riqueza —me explicó Arditi-. En su subconsciente late vivo el deseo de poseer una casa a como de lugar. Cuando la han obtenido se sienten tan a gusto, tan plenamente satisfechos, que no les importa no seguir prosperando. Una casa para ustedes es una meta. Más que un objeto es un objetivo en su vida que los limita.

“-Nosotros en cambio (cuando decía nosotros aludía a los de su raza), lo que menos deseamos es tener una casa. Lo que realmente nos preocupa es invertir nuestro capital en negocios. Activarlo y multiplicarlo. De ahí sale para pagar la renta, no de una casa, de todo el edificio y de muchos edificios. Nuestro romanticismo consiste en trabajar, ser ordenados y sobre todo súmamente responsables con nosotros mismos. “Sé siempre responsable contigo mismo” nos dicen nuestros padres, abuelos, bisabuelos, etc. Es nuestro lema y pasa de generación en generación sin que llegue a romperse este vínculo que nos une a todos, a tal grado, que si uno de nosotros cae, es decir, fracasa en sus negocios, de inmediato lo socorremos para que se levante.

“-¡Es extraordinario! —le dije.

“-Así es, ¿y sabes por qué lo hacemos?. Porque las circunstancias nos han obligado. Tu sabes que nuestra raza ha sido relegada en el mundo y se nos ha maldecido. Hemos sido vejados, perseguidos y expulsados de España, de Italia, de Alemania, de muchas partes. Hemos perdido todo nuestro capital y nuestras vidas porque no se nos perdona haber dado muerte a Jesucristo. Por esa razón no queremos fincar en ningún lugar. Nuestro país no es territorial ni tiene límites. Nuestra patria es el trabajo, el estudio, los negocios, y estamos regidos por la ley de la responsabilidad.

Por eso vivo así rodeado de lujos. Porque me lo merezco, y lo disfruto plenamente.

"No lo decía como un reproche. Habiéndome tomado afecto, me hacía partícipe de sus secretos. Y a la vez, me aconsejaba que no perdiera el tiempo. Me hablaba como una persona mayor cuando éramos de la misma edad y condiscípulos además, pero su experiencia no se originaba en su persona, sino en la experiencia de toda una raza, acumulada por muchas generaciones, depositada en el corazón de cada uno de sus estirpe, como quien siembra una semilla que algún día (en mi amigo ya se veía germinar), crecerá, y dará nuevos frutos, perpetuamente, como las palmas de coco de mi propiedad".

"Me decía:

"-Invierte tu dinero. Aplícalo en alguna fábrica por pequeña que sea. No lo dejes dormir."

Todo esto me lo cuenta mi primo Manolín, mientras maneja su camioneta con destino a Paraíso, lo observo de reojo porque lo veo sentirse a gusto, no excepcionalmente, sino de manera natural y sobre todo porque es una persona que habla con fluidez. Algunas personas son así. Puede uno estar escuchándolas por horas y no nos aburrirnos de oírlos. En cambio yo, prefiero callar. No pierdo el hilo de lo que platico pero me tropiezo, olvido las palabras adecuadas, me traiciona mi naturaleza nerviosa y... prefiero escuchar.

Mi hija también, entre mis brazos, permanece callada. Cuando la veo a los ojos para saber cómo se encuentra, me sonríe, y esa sonrisa me llega hasta el corazón y me impulsa a besarla en el rostro.

-¿Y qué se hizo tu amigo Ardititi?. Supongo que debe ser un distinguido profesional pero, ¿conservas su amistad?.

-La conservé mientras vivió. Antes de morir en un accidente automovilístico, hace más de veinte años, escribió varios libros técnicos y

había viajado por todo el mundo. El día que falleció me habló su madre por teléfono. Ella me tiene mucho aprecio y desde luego, asistí al sepelio.

Cuando llegamos a Paraíso, Manuel me deja en mi casa y se despide diciéndome solemne:

-Nos vemos primo. Gracias por tan grata compañía.

.Y yo dejo que sus palabras pasen de largo y se pierdan en la distancia porque, así como no me gusta que me regalen ninguna clase de objetos — excepto libros—, tampoco me gusta que me halaguen.

TERCERA Y CUATRO, es una colección de 4 libros de la Sociedad de Escritores "Letras y Voces de Tabasco, A.C."; se imprimieron 1,000 ejemplares de cada libro sobre papel bond de 29 kgs. en interiores y cartulina couche de 210 grs. a todo color los forros. Diseño e Impresión en Amigo Tip's, Servicios Integrales de Publicidad, Fidencia 109, Centro, Villahermosa, Tab., Tel. 314-35-26. Se terminaron de imprimir en Noviembre de 2001 en la ciudad de Villahermosa, Tabasco.

FT/868M/S310 G. /
SUAREZ ROSAS, RAFAEL JESU
AMO ESTE JUEGO

206380

903172

"En el transcurso de mi actividad literaria, he puesto especial interés en explotar la técnica narrativa, que permite manifestarme con mayor libertad, entre otros géneros."

Esta obra la dedico con admiración y cariño a mi maestro y amigo Lic. Payambé López Falconi.

Rafael Jesús Suárez Rosas

Letras y Voces
de Tabasco, A. C.



ica

instituto de cultura de tabasco